

20

SANGRE "B" NEGATIVO


escalofríos
de
TERROR
RIP

RALPH BARBY

SANGRE "B" NEGATIVO

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 20

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 978-84-7750-064-3
Depósito Legal: H-26.706-1988

1ª edición: septiembre 88
1.a edición en América: marzo 89

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

FUTURA - GIESA

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Peggy se quedó muy quieta mientras las ruedas del automóvil que venían salpicando agua en aquel atardecer lluvioso pasaban por encima de la cara que había quedado en el suelo, sobre el asfalto, mirando aquel cielo nublado que no cesaba de verter miríadas y miríadas de gotas de lluvia, mansas y sin furia, como sin esperanza.

Fue una sensación desagradable ver como la pequeña cara era aplastada con indiferencia y el automóvil se alejaba luego escupiendo agua casi con arrogancia mientras las escobillas de sus limpiaparabrisas barrían monótonamente el cristal, llevándose las gotitas de lluvia en busca de una transparencia que apenas duraba un segundo.

Peggy miró alrededor. No vio a ninguna niña llorando, nadie lamentaba lo sucedido. Bajo su paraguas de nylon rojo, la muchacha observó como la carita aplastada de la muñeca volvía a hincharse y recuperaba en parte su aspecto original, hasta que llegara otro coche y volviera a alcanzarla con sus ruedas.

Reanudó su marcha protegida por el paraguas y el impermeable de faldón largo, también de color rojo brillante. Su melena rubia y llena de rizos contrastaba sobre la tela.

«Qué tontería», se dijo, «preocuparme por una muñeca perdida en la calle bajo la lluvia. Si no vale nada, es de látex. ¿Cuántos millones de muñecas habrá iguales a ésa?».

Se tranquilizó en parte. Todas aquellas nubes que oscurecían el cielo, entristeciéndolo, las sentía dentro de su mente, de su corazón. La melancolía envenenaba su sangre.

Había caminado al borde del abismo de la depresión sin llegar a caer en él, pero tampoco alcanzaba a ver con sus ojos el sol de la esperanza.

Poca gente caminaba por la calle empapada de agua. Los coches rodaban aprisa. Sus cristales llenos de gotas impedían ver a quienes se guarecían en las burbujas de acero.

Sin dejar de andar, barriendo de su mente la imagen de la muñeca aplastada en el asfalto, no pudo sustraerse al recuerdo reciente de Cyril. No había conseguido enterrarlo, pesaba demasiado sobre su ánimo.

Tuvo la impresión de que alguien la vigilaba a distancia, de que la seguían. No se detuvo pero ladeó la cabeza, miró hacia atrás y no vio nada de particular, solo, a lo lejos, un hombre embutido en un gabán con el ala de su sombrero bajada. Siguió caminando.

«¿Me estaré volviendo loca?».

Cyril había sido un hombre joven, fuerte, deportivo, transpiraba vitalidad por todos sus poros hasta que una noche había aparecido muerto, carbonizado dentro de su automóvil también quemado. Sin embargo, la autopsia reveló que Cyril había muerto de dos disparos hechos a quemarropa.

—Un atraco —había dicho la policía—. Estas cosas ocurren demasiado a menudo en la noche de la gran ciudad.

Un atraco de alta madrugada… Le habían matado por robarle unos pocos billetes.

Peggy no entendía lo ocurrido, no comprendía cómo unos canallas, unos salvajes de la noche, asesinaban por unos pocos billetes y luego, para destruir cualquier prueba, quemaban el coche de su víctima con el cadáver dentro. Cyril podía haberles dado mucho más. El coche, por sí solo, valía mucho dinero. Un asesinato estúpido.

—Podíamos haber sido tan felices —musitó, hablando consigo misma, con un temblor en sus labios gordezuelos, limpios, de color rosa oscuro, mientras en sus ojos sentía el frío de las lágrimas que pugnaban por escapar, manifestando el dolor que agobiaba su espíritu.

El amor tan grande que sintiera por Cyril le había creado la obsesión de querer ver su cadáver pese a los consejos de la policía, familiares y amigos. Lo había visto, sí, y demasiado tarde comprendió que su insistencia había sido un error.

—No, no es él, no puede ser él —gimió horrorizada al ver aquel cuerpo carbonizado.

La imagen obsesiva la había perseguido en multitud de pesadillas y había roto sus sueños despertándola sobresaltada, clavándole los ojos en insomnios pertinaces.

Bruscamente se detuvo y miró hacia atrás. No estaba segura, la lluvia, la tarde que moría, sus ojos casi empañados, pero le pareció que la sombra de un hombre desaparecía tras la masa de color gris azulado de un furgón.

Reanudó su marcha diciéndose que hubiera sido mejor tomar un taxi. Caminar bajo la lluvia hasta podía resultar agradable si era una lluvia de primavera y se iba acompañada del hombre amado, de Cyril antes de convertirse en una masa Informe de carne y huesos carbonizados; pero pasear bajo la lluvia en soledad, cuando el invierno ya mostraba sus colmillos blancos, no, no era agradable.

Aceleró el paso. Su destino no estaba lejos, apenas dos cuadras.

Cuando se detuvo frente a la casa, le pareció que por lo menos dos siglos impregnaban sus oscuras paredes.

Las ventanas y marcos estaban bien pintados en marrón claro, parecía una mansión importante.

Una verja daba acceso a un pequeño Jardín que separaba la mansión de la calle. Llamó al timbre y tuvo la impresión de que la observaban desde detrás de los visillos de una ventana.

Oyó el ruido del portero eléctrico y la cerradura de la verja se abrió para que ella pudiera pasar sin que nadie le hiciera pregunta alguna.

Antes de cerrar la verja tras de sí, volvió a mirar hacia la calle como buscando al supuesto seguidor. No vio a nadie y pensó que todo eran imaginaciones suyas.

Subió los peldaños que daban acceso al pequeño atrio. La mansión era recia y austera, levantada en piedra. Nada recargado podía observarse en dinteles o columnas del atrio, ni siquiera en la madera de la puerta que se abrió ante su presencia como si la estuvieran esperando.

Peggy plegó su paraguas rojo y ofreció una sonrisa social, como pidiendo hacerse perdonar por ir mojada.

Un hombre muy alto, vestido de oscuro, de cabello blanco y rostro impenetrable, se la quedó mirando.

—Pase, señorita Evanson —dijo aquel hombre tomándole el paraguas y esperando a que ella le entregara el impermeable.

Dejó ambas prendas en un armario que había en el vestíbulo y luego le pidió:

—Sígame, por favor.

En el interior de aquella mansión había poca luz y la decoración y los muebles eran oscuros, incluso los óleos colgados en las paredes estaban faltos de luz.

Abrió una puerta y la invitó a pasar a una salita tapizada en seda en color rojo y ocre, ya algo deteriorada por el paso del tiempo.

La estancia se hallaba iluminada por dos lámparas eléctricas de pie y la luz quedaba excesivamente aprisionada en su interior.

A Peggy le llamaron la atención dos muchachas que estaban esperando allí, posiblemente como ella.

—Hola —saludó lacónica.

Las dos jóvenes que allí aguardaban se habían sentado una frente a la otra y no parecían estar hablando. Una leía una vieja revista y la otra, quizá absorta en sus propios pensamientos, miró a Peggy con sus ojos muy abiertos, grandes y redondos, algo saltones, pero no la afeaban, más bien le daban un aire de picardía.

Aquella muchacha era pelirroja y a Peggy le dio la impresión de que era bastante nerviosa.

Cuando el hombre que parecía un viejo mayordomo hubo cerrado la puerta, la joven pelirroja preguntó:

—¿También te han citado a ti?

—Sí, para un «asunto de mi interés». ¿Vosotras sabéis cuál es ese asunto?

—No —denegó la pelirroja, y añadió—: Me llamo Patricia.

—Y yo, Peggy Evanson.

—¿Y tú? —preguntó Patricia a la joven de cabellos castaño claros que parecía algo encogida sobre sí misma. La lectura quizás era una forma de aislarse, de protegerse.

—Me llamo Audrey y también he sido citada. ¿Sabéis para qué?

Peggy y Patricia negaron con la cabeza. Peggy buscó una butaca, todo allí olía a humedad, a ventanas cerradas, a espacios sin sol.

—La carta la firma un tal E. McNudels. ¿Sabéis quién es?

Volvieron a mover la cabeza negativamente. Audrey dijo:

—No debía haber venido. No me gustan las citas misteriosas, me parecen peligrosas.

—Yo tampoco hubiera venido de no ser por el argumento

convincente de que en mi carta había quinientas libras en billetes.

—En la mía también —declaró Audrey.

—Y en la mía —añadió Peggy.

—¿Quién y por qué regala este dinero a desconocidas? Porque nosotras somos desconocidas para esta casa, ¿no es así? —preguntó Patricia que parecía la más habladora.

Sonrieron. Las tres tenían ya en su poder una interesante cantidad de dinero, el suficiente como para querer enterarse de si existía la posibilidad de conseguir más.

Por los momentos dolorosos que pasaba, por la obsesión de los recuerdos, Peggy no estaba segura de si deseaba averiguar algo más sobre aquel dinero.

Había estado a punto de introducir los billetes en otro sobre y devolverlos al remitente.

Los tres pares de ojos miraron hacia la puerta que volvía a abrirse. Otra joven entró en la salita. Era alta, de cabellos intensamente negros. Peggy pensó que tenía algo de oriental, no sabía si por el color de su piel, el intenso negro de los cabellos, el grosor de éstos o la forma de sus ojos.

—Hola —saludó, lacónica como todas y algo a la reserva, como si temiera decir algo que la pusiera en inferioridad de condiciones frente a las que habían llegado antes que ella.

El mayordomo cerró la puerta dejándolas solas. La recién llegada vaciló un momento y terminó escogiendo una butaca cerca de donde estaba sentada Peggy.

Fue Patricia quien preguntó:

—¿También te han enviado quinientas libras?

Como si fuera desnudada de improviso, miró algo asustada a la pelirroja y luego aceptó:

—Pues sí. ¿Vosotras también?

Las demás asintieron.

—¿Y de qué se trata, buscan acaso una secretaria? No se tratará de nada sucio, ¿verdad? Porque si fuera así, yo me voy.

—Que yo sepa, no es un lugar de trata de blancas —dijo Patricia con una sonrisa burlona.

—Qué alivio, hoy día nunca se sabe. Te contratan para bailarina en Beirut y terminas en un mercado de esclavas en Medio Oriente.

—Eso de Beirut era antes, ahora hay demasiadas bombas allí —

objetó Audrey.

—A mí, según lo que me ofrezcan, no me interesa. Devolveré el dinero, lo traigo aquí y asunto a olvidar —dijo la joven recién llegada que aún no había dado su nombre.

—Pues yo ya me he gastado el dinero, como no pedían nada a cambio. Si no me conviene lo que me ofrecen, me largo y se acabó.

—A mí me parece que lo único malo que tiene este lugar son muchos años encima. Fijaos en su decoración, en el tapizado de las paredes. Fue lujoso en su momento, pero ahora…

Los asentimientos de cabeza de las demás aprobaron la observación de Peggy.

De nuevo se abrió la puerta por donde todas ellas habían entrado y reapareció el casi silencioso mayordomo. Avanzó entre las muchachas, se dirigió a una pared opuesta y allí abrió una puerta tapizada con la misma seda que la pared y en la que las jóvenes no habían reparado.

—Señoritas, hagan el favor de pasar.

Las cuatro jóvenes volvieron a intercambiar una mirada mientras dejaban sus respectivas butacas. Casi se agruparon para pasar a la otra estancia. En el fondo temían perder algo importante, algo que fuera concedido a unas sí y a otras no.

La estancia a la que pasaron era una biblioteca que olía a humedad. Por los lomos de los libros guardados en los estantes podía deducirse que en aquella mansión no se molestaban en comprar las últimas novedades editoriales. Todos eran libros caros, buenos o no, pero caros y antiguos.

Había una larga mesa de caoba y a la cabecera de la misma, una anciana de cabellos blancos y con visible tendencia a la obesidad, les sonrió dulcemente.

—Sentaos, por favor, sentaos.

Se situaron dos a cada lado de la mesa, Peggy y Audrey a un lado, la joven morena y Patricia al otro. El mayordomo saludó con una inclinación de cabeza y se retiró.

—Audrey, Peggy, Patricia, Sonia, gracias por haber venido.

La pelirroja fue la que rompió el hielo.

—Parece que nos conoce, no se ha equivocado con los nombres; en cambio, yo no la conozco a usted. No sé si ellas…

—No, yo tampoco la conozco —aclaró Audrey.

Peggy y Sonia también negaron con la cabeza.

—La suerte os ha seleccionado. Luego, he pedido algunos informes sobre vosotras. No podía arriesgarme a que alguna de vosotras fuera una alcohólica, una drogadicta, una delincuente o una joven de vida triste, de esa mal llamada alegre. Todas vosotras sois jóvenes, sanas, inteligentes.

—¿Por qué nos ha enviado quinientas libras a cada una? —quiso saber Peggy.

Por las molestias que os he causado al pediros que vinierais a verme.

—Es usted muy rica, ¿verdad? —preguntó Patricia, admirativa.

Sólo soy rica en años, pero ya se terminan y no lo digo con pesar, el final llega y hay que aceptarlo. Muchachas, os queda mucha vida por delante hasta llegar a mi edad. Estáis aquí porque yo voy a morir y no me quejo.

Insisto.

Audrey, muy convencional, le pidió:

—Por favor, no diga eso.

—No seré prolija ni aburrida. Como os he dicho, no me queda mucho tiempo y lo cierto es que no tengo herederos. —Suspiró—. Los McNudels se extinguen conmigo y he decidido que una de vosotras herede Grey House.

—Si ha de heredar una, ¿por qué ha llamado a cuatro? —inquirió Sonia.

—Para poder elegir entre vosotras, no digo que a la mejor, sino a la más conveniente para que herede la casa que no quiero que sea destruida ni abandonada.

Sonia insistió:

—¿Y las otras tres?

—Otra heredará todo el mobiliario y los cuadros de esta casa donde ahora estamos. Sé que os parecerá una tontería, pero cuando consultéis con un anticuario os daréis cuenta de que cuadros y muebles son de gran valor.

—Entonces, ¿ésta no es Grey House? —preguntó Patricia.

—Exactamente, ésta no es Grey House, ésta es la casa de la ciudad de los McNudels y posiblemente os preguntéis que será de esta casa vacía…

—¿Para otra de nosotras?

—No. Esta casa, cuando yo muera, por testamento pasará a manos de los Custodios de la Verdad de Todos los Tiempos, religión que practicaba mi marido y yo también. Será para ellos que seguro sabrán acondicionarla a sus necesidades; pero, no temáis, la tercera de vosotras que participe en la última fase de selección se llevará diez mil libras. —¿Y la cuarta?— preguntó Audrey.

—Nada.

—¿Nada? —repitió Patricia entre sorprendida y asustada.

—Eso es, niñas, nada. No tengo por qué dejar parte de la herencia McNudels a quien no la merece. Lo más fácil para mí sería legarlo todo a alguna institución benéfica, a un centro de investigación contra el cáncer o a los Custodios de la Verdad, pero he preferido seleccionaros a vosotras. Una heredará la mansión de los McNudels y el dinero suficiente para mantenerla.

—Eso no lo había dicho —puntualizó Audrey.

—Pues, así es, recibirá también el dinero necesario para pagar al Estado los tributos correspondientes por la herencia y luego, una pensión vitalicia para mantener la mansión. En su momento, a la seleccionada se le darán las instrucciones oportunas que condicionarán la aceptación de este importante legado.

—¿Y si la que sea no acepta las condiciones? —preguntó Sonia.

—En ese caso, heredará la que quede en segundo lugar y la que haya rechazado este patrimonio será la que se quede sin nada. No me queda mucho tiempo para perder.

—¿Y cuáles serán las pruebas a pasar? —inquirió Patricia sin disimular su Interés.

—Lo iréis sabiendo sobre la marcha. Pasaréis las cuatro una semana en Grey House, allí os comportaréis como mejor os parezca y al final de los siete días seréis juzgadas. —¿Por usted?— preguntó Sonia.

—Sí.

—¿Usted estará allí con nosotras?

—No tengo por qué daros más respuestas, quizás esté, quizás no.

—Y si no está, ¿cómo podrá juzgar nuestro comportamiento? —preguntó Peggy.

—Eso no es cuenta vuestra. Yo tendré mi manera de seleccionaros, de escoger, de establecer un orden. Quizás ese orden que yo determine no os guste ni os parezca Justo, pero será

Inapelable.

Patricia rezongó:

—¿Será como Dios?

—Pensad lo que queráis. Os ofrezco la oportunidad de heredar algo importante. A mi sólo me queda la muerte en un plazo breve y debo velar para que la herencia de los McNudels tenga un destino apropiado ya que, por desgracia, no existen herederos naturales. Vosotras no podéis exigir nada —les dijo sin aspereza, pero a Peggy le pareció que aquella anciana demasiado obesa cambiaba de aspecto y por unos momentos la creyó capaz de una dureza que nadie podría sospechar al verla—. La que no quiera participar, puede marcharse ahora mismo y no voy a reprocharle que se quede con las quinientas libras que le mandé por correo.

—Yo estoy dispuesta a pasar las pruebas que haga falta —se apresuró a decir Patricia.

—Y yo —añadió Audrey.

Sonia, algo más reservada, preguntó:

—¿Y cuándo será eso?

—La marcha será esta misma noche. No os podéis preparar, es parte del juego. He de escoger a la mejor, he de daros un orden en razón a lo que yo juzgue como vuestros méritos personales.

—Acepto —dijo Sonia—, pero he de avisar a mi familia.

—Puedes escribir una carta diciendo que sales de viaje por una semana. Knell, el mayordomo, se encargará de tirarla al correo. Las demás podéis hacer lo mismo.

—¿No se puede telefonear? —Inquirió Patricia, preocupada.

—No quiero la Intervención de nadie ajeno a vosotras, no quiero consejos que os manipulen, que os resabien. Ya os he dicho que la que no desee participar puede marcharse ahora. Esto es como uno de esos juegos de la televisión y la que gane no podrá quejarse. No trato de convenceros. Yo, con una de vosotras, tengo suficiente. Si tres os marcháis, la que se quede lo heredará todo, absolutamente todo. SI hago particiones en la herencia es para que las que entréis en el juego recibáis algo simplemente por participar. Sólo una se va a quedar sin nada, creo que no es para quejarse.

—Yo voy —dijo Patricia, decidida.

—Yo también —añadió Audrey—, pero escribiré una carta a mi familia.

—Y yo —dijo Sonia—, aunque me gustaría más telefonear. ¿No podría hacer esa excepción, señora McNudels?

—No, pero si me das el número de teléfono les daré aviso de que estás bien y de que mañana mismo recibirán una carta tuya explicándolo todo minuciosamente para que se queden tranquilos.

En aquel momento, Peggy fue asaltada por dudas tenebrosas. Fue como el paso por un cielo azul de un gigantesco cuervo cuyas alas oscurecían la claridad y sus graznidos resultaban amenazadores, llenándola de inquietud.

Mas, todo fue rápido, tan rápido que nadie notó en su rostro aquel mal presagio.

Peggy apartó de su mente la oscuridad alada del cuervo para decirse a sí misma que todo eran problemas suyos, recuerdos obsesivos que sólo sería posible digerir y asimilar dándoles la perspectiva del tiempo y de la distancia.

Unos días de viaje en un lugar desconocido, con gente nueva, con muchachas como ella, podían ayudarla a olvidar.

—Peggy —interpeló ahora con voz dulce y convincente Elizabeth McNudels—, ¿deseas participar también en este juego de la herencia para la mejor?

—Sí, ¿por qué no? —respondió tratando de sonreír sin conseguirlo.

CAPÍTULO II

El estirado mayordomo Knell conducía el coche grande de los McNudels sin prisas y con seguridad. Era un coche robusto que había sido lujoso y que aún teniendo más de una docena de años sobre sus ejes, seguía siendo un automóvil importante.

Patricia, Audrey y Sonia viajaban cómodamente en el asiento posterior, que era lo bastante ancho para que cupieran las tres y Peggy iba junto al chófer mientras los haces de luz que proyectaban los faros horadaban la oscuridad de la carretera.

Las cuatro habían aceptado el juego de la herencia. Habían escrito cartas y dejado mensajes para ser transmitidos por teléfono, de lo cual se encargaría la propia Elizabeth McNudels, una mujer condenada a muerte en breve plazo, no sólo por su edad sino por una enfermedad sin piedad que iba devorando sus entrañas.

Peggy había dejado una nota muy escueta y simple, más por no ser distinta a sus compañeras de juego que por transmitir un mensaje. No quería dar sensación de soledad en la vida, quizás aquello podía perjudicarla en aquel juego extraño en el que la ganadora sería la futura dueña de Grey House, la residencia secular de los McNudels, una familia en extinción.

—¿Dónde está Grey House? —quiso saber la pelirroja Patricia nada más ponerse en marcha el automóvil.

—En un lugar muy hermoso —respondió evasivo, en apariencia complaciente, aquel mayordomo que no parecía sonreír jamás.

Al principio del viaje, las cuatro jóvenes habían permanecido calladas; luego, comenzaron a hacer preguntas al mayordomo, pero éste se mostró evasivo. Después, hablaron entre ellas como si el mayordomo no existiera, como si viajaran a bordo de un taxi y no les Importara que el chófer las oyera.

Poco a poco, el cansancio y la noche las fue ganando y el silencio se apoderó del Interior del vehículo.

Las muchachas no habían llegado a conocerse entre sí, pues ninguna de ellas se había mostrado tal cual era en realidad y se hablan dejado llevar por convencionalismos y sonrisas fáciles, deseosas de agradar y no quedar marginadas, pero cada una de ellas miraba con recelo a las otras, a excepción de Peggy que no parecía tener demasiado interés en el juego.

Tras varias horas de viaje, el mayordomo parecía tan incansable en la conducción como el propio motor del coche, habían perdido la noción de donde estaban.

Peggy había visto pasar rótulos de poblaciones que le eran totalmente desconocidas. No rodaban por autopista ni por carreteras de primer orden, sino por carreteras de segundo o tercer orden. Incluso, en ocasiones, circularon por caminos sin asfaltar que en pocos kilómetros daban acceso a otras carreteras estrechas por las que no parecía circular nadie.

—¿Está muy lejos todavía? —preguntó Peggy que sentía el peso del sueño y del cansancio en sus ojos.

—No, no falta mucho —respondió, reservado como siempre, el mayordomo puesto a chófer. En otros tiempos mejores para los McNudels quizá tuvieran chófer exclusivo.

Era evidente que conocía bien el camino que debía haber seguido en muchas ocasiones a lo largo de su vida al servicio de los McNudels.

—¿Cuándo hará este viaje la señora McNudels? —se atrevió a preguntar Peggy tratando de evitar dormirse cuando sus compañeras, en el asiento de atrás, ya daban cabezadas unas contra las otras.

—Lo ignoro, yo sólo cumplo órdenes de la señora.

—¿Y la orden de la señora es que nos lleve a la mansión Grey House? —dijo más que preguntó Peggy, aunque su frase tuvo entonación interrogante.

—Así es, señorita.

—¿La señora McNudels no tuvo hijos?

—No estoy autorizado para explicar nada, señorita, discúlpeme.

—Es usted un modelo de mayordomo fiel.

—Eso trato de ser, señorita.

—No creo que sea ningún crimen decir si la señora McNudels se casó o no y si tuvo hijos.

El mayordomo dudó. Al fin, como costándole abrir la boca mientras tomaba una curva cerrada y los haces de luz barrían rocas y árboles, explicó:

—Es viuda y tuvo una hija, pero ésta murió hace muchos años. La señora se ha sentido siempre muy sola.

La madrugada comenzaría pronto a agonizar para luego ser devorada por la amanecida cuando el viejo pero poderoso automóvil se introdujo en la calle central de un poblado marinero. Salió de él para tomar un camino que se dirigía al norte y que luego ascendía en zig-zag por una montaña rocosa.

Enfiló luego por lo que parecía una escollera, istmo artificial que unía una isla con forma de colina rocosa, aunque tenía árboles. La escollera rocosa había sido levantada sobre una base posiblemente de tierra y rocas que sólo una pleamar podría ocultar bajo las aguas.

El camino sobre aquel brazo artificial de rocas era bastante liso, cementado, con huellas de haber sido batido por las olas pero algo estrecho. Podía pasar un solo coche y carecía de protecciones a los lados.

Audrey, Sonia y Patricia ni se percataron de que circulaban sobre la escollera que en aquellos momentos era batida por las olas. A sus espaldas, el cielo comenzaba a dejar de ser negro para tornarse grisáceo.

—¿Está ahí Grey House? —preguntó Peggy al mayordomo.

—Sí, ya llegamos.

—Es un lugar muy solitario —opinó en voz baja, con algo de temor.

En lo que antiguamente fuera una isla, ahora transformada en diminuta península por la construcción de aquel brazo rocoso, había una verja que cerraba el paso a los extraños. La verja era alta, de hierro, con puntas de lanza en lo alto y a ambos lados terminaba en las rocas que se hundían en el mar que allí parecía bramar siempre irritado y embravecido, batiendo espumosamente contra las rocas.

El mayordomo Knell detuvo el coche y la verja quedó iluminada

por los faros mientras la amanecida se adueñaba del cielo, de la tierra y del mar. Se apeó del coche sin parar el motor y fue hacia la verja para abrirla.

—¿Qué sucede? —preguntó Audrey.

Peggy respondió:

—Parece que hemos llegado a Grey House.

Pese al ruido del motor, pudieron oír el chirriar de la doble puerta de hierro al ser abierta.

El mayordomo Knell regresó al automóvil. Una oleada de aire húmedo, salado y muy frío las azotó, estremeciéndolas.

El coche reanudó la marcha entrando en la propiedad. Rodó por un camino estrecho y sin asfaltar que ascendía en espiral por la isla en forma de colina. En lo alto estaba la casa gris de los McNudels que les pareció más negra que gris. El sol aún no había conseguido elevarse por detrás de los acantilados que ellas iban a considerar tierra firme, aunque la isla también fuera tierra firme.

—Ya hemos llegado —dijo el mayordomo, deteniendo el coche frente a la puerta de la casa que semejaba edificada allí para controlar y vigilar las embravecidas aguas. En la antigüedad, quizás se levantara allí algún puesto de observación para advertir con hogueras a los pueblos que estaban en tierra de la aproximación de piratas.

Las cuatro jóvenes se apearon del vehículo. Al saltar al suelo notaron el fuerte viento que allí azotaba piedras, paredes y rostros. El mayordomo, dándose cuenta de ello, se apresuró a abrir la puerta de la casa con otra llave que portaba consigo y les dijo:

—Voy a comprobar que la electricidad funciona.

Hubo como varios fogonazos y luego, las luces quedaron encendidas.

El mayordomo se acercó a las muchachas caminando más rápido de lo que parecía habitual en él y les dijo:

—Tienen ustedes electricidad y también gas propano en la cocina. Hay un congelador, dentro encontrarán comida, hay de todo. Instálense como les apetezca. Es voluntad de la señora que se sientan aquí como en su propia casa y actúen como mejor les parezca.

—Un momento, un momento —pidió la pelirroja Patricia—. ¿Y las pruebas?

—¿Las pruebas? Yo no sé nada de eso, señorita.

Audrey puntualizó:

—La señora McNudels dijo que teníamos que pasar unas pruebas.

—No sé nada, sólo sé que deben instalarse aquí como mejor les plazca y vivir una semana.

—¿Y quién estará con nosotras para vigilarnos? —preguntó Sonia.

—No sé nada. Yo debo regresar ahora mismo. Mi misión era traerlas aquí y dejarlas instaladas. Ésta es Grey House, una gran casa que ha resistido el embate de los vientos y las tormentas. Hace muchos años que está construida. Aquí han nacido varias generaciones de McNudels y han salido grandes marinos.

—¿Y nos vamos a quedar solas aquí? —inquirió Audrey.

—La que no quiera quedarse, puede regresar conmigo —dijo el mayordomo Knell.

Patricia miró alrededor. Aquella casa estaba lejos de ser moderna, pero era evidente que el mobiliario era valioso. La casa estaba muy bien construida, piedra noble bien cincelada por excelentes artesanos.

No estaba abandonada, tenía fluido eléctrico y depósito de gas para la cocina y calefacción. Si la propiedad también la constituía la isla, tenía que ser muy valiosa. Podía vivirse allí o venderla, siempre habría algún millonario caprichoso para comprarla.

—Yo me quedo —dijo Peggy—, no tengo mucho que hacer.

Por su parte, Sonia, la joven de aire oriental y cabellos Intensamente negros, dijo:

—Espero que la señora McNudels avise a mi familia y ésta a la oficina para que sepan que me he tomado una semana de vacaciones.

—Bueno, si la señora McNudels telefonea a mi familia, no creo que tenga problemas por faltar una semana a la facultad —dijo Audrey, que no estaba dispuesta a ser la única que regresara a la ciudad.

—Entonces, instálense y dentro de una semana pasaré a buscarlas. Que lo pasen bien.

—Un momento —le pidió Peggy.

Aquel hombre alto, siempre vestido de oscuro y rostro

impenetrable, se la quedó mirando.

—¿Sí?

—¿Hay teléfono?

—No exactamente. Los señores tenían un radioemisor-receptor que se comunicaba con la telefonista del pueblo, pero creo que hace tiempo que no se utiliza.

Peggy insistió:

—Pero ¿está en la casa?

—Creo que sí, pero no creo que esté utilizable. Los medios de telecomunicación han cambiado mucho en los últimos años. Ahora, si me disculpan, el viaje de retorno es largo y pesado.

Salió de la casa. Subió al coche, lo puso en marcha, maniobró y comenzó a descender.

Las cuatro jóvenes salieron al atrio de la mansión. Pudieron ver un pequeño barco de pescadores no lejos de la isla y a bordo del mismo, dos hombres.

Vieron también como el coche descendía, se detenía y luego reanudaba la marcha hacia la escollera, cruzándola para pasar a tierra firme.

—Ya estamos solas —dijo Peggy—. Ahora me gustaría saber lo que hay que hacer.

—Pues, parece que hemos de convivir una semana aquí como buenas chicas y luego, la diosa Elizabeth McNudels premiará a la ganadora, lo que no sé es cómo va a juzgarnos —opinó Patricia.

—Tendrá alguna manera de valorar nuestro comportamiento en esta mansión. Quizás exista algún medio de observarnos sin que lo sepamos.

Sonia miró a Audrey para preguntarle:

—¿Crees que puede haber cámaras ocultas de televisión?

—No lo sé, pero si nos han traído aquí y dicen que seremos juzgadas como Dios cuando nos hace nacer y espera a que muramos… Dios es todopoderoso y ubicuo, es decir, está en todas partes. ¿La señora McNudels también estará en todas partes?

La pregunta flotó en el aire. Peggy frunció algo el ceño.

—Yo no sé si habrá cámaras ocultas de televisión para observarnos, es posible que lo podamos averiguar, pero ahora, lo que me gustaría saber es si esa puerta de hierro que cierra la Isla al camino de la escollera está cerrada o abierta.

La tímida Audrey preguntó preocupada:

—¿Qué quieres decir?

—Para entrar en la isla que es propiedad privada, el mayordomo ha abierto una verja de hierro con una llave que él llevaba. No se me ha ocurrido preguntarle si al marchar la dejaría abierta o bien la cerraría.

—No he caído en la cuenta —dijo Patricia.

—Pues, sería bueno ir a comprobarlo.

—¿Ahora que acabamos de llegar? ¿No sería mejor permanecer dentro de la casa? —sugirió Audrey—. Hace frío y mucho viento.

—Quédate aquí si quieres, yo voy a ver la verja. Tengo curiosidad por saber qué ha hecho.

Sonia, más resuelta, dijo:

—Te acompaño.

—Y yo —añadió la pelirroja.

Las tres muchachas comenzaron a andar por el camino que daba vuelta a la isla para descender en espiral. Audrey, temiendo quedarse sola en el enorme caserón que le era desconocido, gritó:

—¡Eh, esperad, voy con vosotras!

Hicieron el camino aprisa y en silencio. Al recorrer la zona norte de la diminuta isla sintieron sobre sus cuerpos el azote del viento que parecía cargado de minúsculas gotas de agua salada.

Se sentían cansadas, hambrientas y con sueño acumulado. El viaje las había agotado, pero deseaban cerciorarse de algo que Peggy había considerado importante para ellas.

—Mirad, allí está la verja y parece cerrada —opinó Patricia.

—Sí, parece cerrada —admitió Peggy—, pero será mejor comprobarlo.

Llegaron a la verja que nacía entre las rocas del lado norte de la escollera y se hundía en las aguas del lado sur de la misma escollera.

Peggy fue hasta la puerta donde estaba la cerradura y trató de abrirla sin conseguirlo.

—Está cerrada.

—¡El muy hijo de perra! —estalló Audrey—. ¡Nos ha dejado encerradas aquí!

—¿Para qué? —preguntó Sonia.

—Para que estemos una semanita sin salir de esta isla. —Peggy

miró hacia arriba y se preguntó en voz alta—: ¿De veras vale la pena recibir como herencia esta mansión?

Las olas semejaron crecer en altura y en furia hasta el punto de parecer hostiles a las jóvenes encerradas en la isla.

Peggy sintió que aquella situación no era buena, que toda la bondad que parecía tener la anciana McNudels no podía borrar aquellas rejas que las encerraban en la isla como si fuera una gigantesca jaula, una jaula de la que sólo podían escapar arrojándose a las aguas gélidas y embravecidas que batían desafiantes las rocas que formaban el perímetro de la isla donde se levantaba Grey House.

CAPÍTULO III

Lo primero que decidieron las cuatro mujeres fue regresar a la mansión y buscar la cocina. Tenían hambre y frío.

La cocina resultó muy grande y estaba a un nivel más bajo que el salón. Tenía ventanas que daban al exterior y desde ellas podía verse el mar batiendo la costa.

Colocándose adecuadamente contra las ventanas, podía verse un lado de la escollera que las unía a tierra firme como si se tratara de una gran pasarela.

La cocina estaba bastante sucia. Era de tipo antiguo, con algunas reformas que le daban comodidad y ventajas modernas.

Pese a su gran campana y horno de leña, poseía un horno eléctrico y fuegos de gas y, lo que era más importante, un gran frigorífico empotrado dentro del cual no parecía faltar de nada. Allí dentro, los alimentos estaban a salvo de roedores e insectos.

Una larga mesa de madera y sillas les permitían comer allí mismo.

—Aquí debían comer los criados, ¿verdad? —preguntó Patricia, buscando confirmación a sus palabras.

—Seguro, y a mí me parece bien comer aquí. Creo que entre las cuatro podemos tener limpio este lugar —propuso Audrey.

—Luego iremos a explorar la que va a ser nuestra casa por una semana. Veremos qué habitaciones tiene.

—Yo prefiero una habitación con llave por dentro para poder dormir tranquila.

—¿Qué te pasa, Audrey? —se burló Patricia—. ¿Temes que alguien intente violarte?

—¡Quién sabe! ¿Alguna de vosotras puede jurar que realmente estemos solas en esta isla?

Ante aquella pregunta, los rostros se alargaron y todas miraron alrededor como buscando alguna señal que delatara la presencia de alguien extraño.

—Estamos solas y sólo falta que tú nos metas el miedo dentro —le recriminó Sonia.

Mientras sacaba una caja de huevos, bacon y pan de molde del frigorífico, Patricia dijo:

—Yo, con quedar la segunda o la tercera, ya me conformo. Esta casa no me interesa. No viviría aquí sola ni encadenada. En cambio, vendiendo el mobiliario y los cuadros de la casa de la ciudad, sacaría dinero para irme de viaje y las diez mil libras también serían un buen pellizco.

—Yo estoy segura de que encontraría comprador para esta mansión —opinó Sonia—. Siempre hay caprichosos excéntricos y, restaurada, esta casa puede quedar muy bien.

—Pues, a mí no me importaría vivir aquí, la casa tiene su encanto —opinó Peggy.

—¿De veras? —preguntó Patricia algo molesta—. ¿Y qué harías aquí tú sola, morirte de asco?

—No. Éste puede ser un buen lugar para escribir, pintar o componer música. Viviría sola o trataría de conseguir que vinieran jóvenes artistas, no sé, creo que es un buen sitio para aislarse del mundanal ruido.

Sarcástica, Patricia alzó la voz para replicar.

—¿La habéis oído? Peggy habla así porque debe estar segura de que hay micrófonos ocultos que nos escuchan.

Instintivamente, los ojos de las jóvenes miraron alrededor en busca de algún artilugio electrónico que pudiera estar vigilándolas.

Sonia creyó oportuno decir con actitud conciliadora:

—Lo mejor será que no nos fastidiemos las unas a las otras. Que los días que vamos a pasar aquí seamos amigas.

—¿Amigas? En realidad somos rivales en este extraño juego de la herencia que ya ha comenzado.

—Fastidiarnos unas a otras no creo que beneficie a nadie.

—Yo estoy con Sonia —dijo Peggy—. Lo mejor es que nos llevemos bien estos días. No sé cómo se nos va a juzgar por nuestra estancia en esta mansión durante una semana y creo que la señora McNudels ha hecho bien no revelándolo. De este modo no podemos

falsear nuestro comportamiento.

—De acuerdo, yo ya he dicho que me conformo con el segundo o tercer puesto. Peggy quiere la casa. Tú, Sonia, ¿qué prefieres?

—Pues, también la casa, se le puede sacar un buen partido. Sería un sueño ser la propietaria de una isla aunque sea pequeña y esté en un lugar tan solitario y batido por las olas.

—¿Y tú, Audrey?

—Yo no sabría qué hacer con esta Isla. Pienso que la segunda propuesta o la tercera del dinero me iría bien, además de vivir una aventura, porque esto es una aventura, no sé si os habéis dado cuenta.

—Somos dos y dos —puntualizó Patricia.

—Sí, pero el orden lo establecerá la señora McNudels —recordó Sonia, y añadió—: Y una se quedará sin nada.

—Vivamos la aventura —propuso Peggy deseosa de escapar a los fantasmas de sus recuerdos.

Patricia pidió:

—Hagamos una especie de juramento de paz.

Peggy asintió con la cabeza y las demás hicieron lo mismo. De forma tácita dejaron a un lado las posibles rivalidades y desayunaron copiosamente como si fueran amigas de toda la vida y hubieran decidido hacer una escapada juntas y vivir en soledad.

Se dispusieron a Inspeccionar la casa. Después del desayuno copioso y caliente se sentían mucho mejor. El salón les pareció muy interesante y luego subieron a la biblioteca, aunque no se entretuvieron en ver qué clase de libros contenía. Encontraron otra salita con ventanales de vidrieras que daban al mediodía y de haber estado el cielo limpio de nubes, habría entrado el sol, un sol que sería de agradecer.

—Aquí podemos pasar buenos ratos —opinó Sonia.

Retrocedieron hasta la escalera y subieron por ella para descubrir los dormitorios. —Hum, es grande— opinó Patricia al ver un dormitorio de matrimonio, el más próximo a la escalera.

—¿Te lo quieres quedar para ti? —preguntó Peggy.

—La cama es muy ancha, pero antes de elegir veamos como son los otros. Al final podemos hacerlo a pajitas.

Habla alcobas con lecho de matrimonio, de dos camas y de una sola cama. Todas tenían ventanas que miraban al mar y ello

resultaba fácil, no en vano estaban en una isla y en su parte más alta.

—Diez dormitorios —contó Audrey—. No está mal para poder elegir.

Peggy dijo:

—Yo quiero uno de una sola cama.

—A mí no me gustaría dormir sola —confesó Audrey.

Patricia decidió:

—Yo cogeré una habitación grande.

—Yo te acompañaré en el dormitorio, Audrey —dijo Sonia.

—Gracias. Creo que nos entenderemos bien y no ronco. —Se echó a reír nerviosamente.

—¿Habéis visto alguna «tele»? —preguntó Patricia.

—No —confesaron.

—Ni un «tocata» ni siquiera un transistor, ¿verdad? —insistió.

—No —volvieron a negar las demás.

—De modo que no tendremos música, películas ni nada. Habremos de divertirnos con nuestros propios chistes. Sólo faltaría que nos quedáramos sin luz eléctrica.

—Por favor, no menciones al diablo —pidió Audrey.

—No he hablado del diablo, sólo de que no nos vayamos a quedar sin luz eléctrica para pasar la noche.

—Yo escojo mi habitación y me voy a descansar ahora —dijo Peggy—. Me siento agotada.

—A mí también me gustaría dormir un rato, hasta el mediodía.

Peggy se despreocupó de las que iban a ser sus compañeras pero también rivales durante una semana. Sin decir nada, se había fijado en uno de los dormitorios y hacia él se dirigió. Abrió la puerta, entró en él y se encerró yendo hacia la ventana.

Pese al mal tiempo exterior, aunque no llovía, abrió la ventana de par en par para ventilar la estancia y ahuyentar el olor a humedad acumulada, la atmósfera densa, y que sus pulmones pudieran respirar libremente mientras permaneciera acostada.

Oía claramente el romper de las olas contra el perfil rocoso de la diminuta isla. Miríadas de diminutas gotas saltaban por los aires formando crestas de espuma que nacían y morían en un segundo, pero la desaparición y muerte de aquellas crestas de espuma salobre no afectaba en absoluto, porque de inmediato nacía otra y otra y así

parecía que iba a ser hasta el fin de los tiempos. No existían aún ojos humanos cuando ya hacia millones de años que las olas rompían contra las rocas; no habrá ya ojos humanos cuando las olas sigan rompiendo sin cansancio ni envejecimiento. A cada segundo, las diminutas gotas de mar seguirán siendo nuevas.

Aspiró con fuerza el aire gélido. Sintió el frío dentro de su cuerpo y no lo lamentó. Había comido y se sentía suficientemente fuerte como para amar las fuerzas de la Naturaleza.

Desde aquella ventana podía ver la escollera que les unía a la gran isla que ellas podían considerar tierra firme, casi un continente. También podía ver la verja, y aquélla era una de las razones por la que había escogido aquella alcoba, pero no lo había expresado en voz alta para que ninguna de las otras Jóvenes se le adelantara.

La escollera tendría más de doscientos pasos y menos de trescientos y habría costado un trabajo monumental construirla.

De pronto, tuvo un estremecimiento y no fue a causa del viento frío que azotaba su cuerpo. Había vuelto a tener la sensación de que alguien desconocido la observaba a distancia.

En la isla no parecía haber nadie aparte de ellas cuatro. Absolutamente nadie había delatado su presencia, aunque por algunos detalles observados en la cocina y el salón, le había dado la impresión de que alguien había estado por allí hacía poco tiempo, quizás sólo un par de día antes.

Hizo resbalar su vista por la escollera hasta llegar a tierra firme. Allí siguió buscando con la mirada pese a la distancia y a carecer de unos prismáticos: Arboles, rocas, a lo lejos un pueblecito marinero…

—Nada —musitó.

Sin embargo, estaba segura de que, a distancia, unos ojos extraños permanecían al acecho.

Cerró la ventana y se acercó a la puerta para buscar alguna especie de seguro o pestillo para cerrar desde dentro. No lo encontró. La puerta tenía cerradura, pero allí no estaba la llave. Posiblemente, las llaves debían guardarse en algún armarito llavero de la casa y sería bueno buscarlo, pero no era aquél el momento, por la tarde tendría más tiempo.

Se encaró con el armario de dos hojas, un armario muy antiguo,

quizás ya una pieza de museo. Lo abrió y dentro vio colgadores para ropa, pero estaba completamente vacío.

Lamentó no tener maleta, ni siquiera un neceser. Carecía de ropa de repuesto y de prendas para dormir. Aquél era otro problema al que las cuatro Jóvenes tendrían que hallar solución. No habían dado importancia al hecho de no tener ropa para cambiarse en el momento de aceptar aquel extraño juego que ninguna sabía todavía cómo debía jugarse, a que reglas habrían de someterse y que era lo que tenían que hacer para ser la primera de las cuatro y no la última.

Todo había sucedido muy rápido, con muchas prisas y las había sorprendido a las cuatro por igual.

«Lo mejor será que descanse ahora, luego pensaré mejor», se dijo.

Abrió el embozo de la cama y se desnudó totalmente. Notó la frialdad de las sábanas.

Aquella cama no debía hacer mucho tiempo que estaba dispuesta, era como si hubieran acondicionado lo casa para la llegada de las muchachas, de lo contrario no tendría objeto que las camas estuvieran hechas, ya que los insectos podían anidar dentro de ellas.

Las sábanas estaban limpias, debían haber sido sacadas de algún armario o cajonera hacía pocos días y nadie las había utilizado.

Se tapó cuando ya su cuerpo temblaba de frío. Toda la casa estaba fría y más aquella habitación cuya ventana había sido abierta de par en par para ventilarla.

Se percató de que su cuerpo se relajaba rápidamente. El sueño se apoderó tan pronto de ella que no tuvo tiempo de sumergirse en el doloroso laberinto de sus obsesivos recuerdos.

CAPÍTULO IV

Las maderas y ventanales de la taberna habían sido embreadas tantas veces a lo largo de más de dos siglos que parecían totalmente pintadas de negro. El aire húmedo y salado que les llegaba del mar, en ocasiones hasta con gruesas gotas de agua, no habían conseguido destruir ni pudrir aquellas maderas.

El marinero medía casi dos metros y sus manos eran tan grandes que podían coger con toda facilidad una cabeza de hombre y hacerla girar sin dificultad hasta romperle el cuello.

Morty tenía fama de pendenciero y más cuando el alcohol envenenaba su sangre, cosa que sucedía con demasiada frecuencia.

Los dos policías que tenían por misión vigilar el pueblo preferían hacer la vista gorda con Morty porque, de meterle en la cárcel por algo serio, tenía que ser por muchos años, pues de lo contrario, al salir, la vida de quienes hubieran tenido que ver con su encierro correría demasiado peligro.

Sus ojos de halcón se pasearon por las mesas de la taberna. Había pocos clientes. Se acercó al mostrador y pidió al propietario de la taberna que le sirviera una jarra de cerveza en la propia barra.

—¡Eh, Morty, vente con nosotros! —le pidieron dos tipos con gorra de marinero que se sentaban al fondo del local, casi donde la luz no llegaba.

Tomó con una de sus manazas la Jarra de doble pinta llena de cerveza negra a temperatura ambiente, rebosante de espuma, y se dirigió a la mesa de los dos hombres que le habían llamado, sentándose con ellos.

—¿Cómo va eso? —preguntó Morty con su voz gruesa y cargada. Su rostro grande, de nariz aplastada, sin afeitar de cinco o seis días, sonrió a los otros dos hombres que no eran demasiado diferentes a

él.

—No hemos tenido buena suerte. Hemos vendido la pesca y saldremos dentro de tres días.

—¿Se espera temporal?

—Sí —asintió el más delgado de los otros dos.

—Nos han dado el parte meteorológico y tendremos temporal, no merece la pena salir a pescar.

—Bueno, así no voy a molestarme demasiado, porque no tengo el lanchón reparado aún.

—¿Cómo vas de diversiones, Morty?

—¿Diversiones? Ando mal de bolsillo.

—A veces hay diversiones que no hace falta gastar dinero si se saben conseguir —dijo guiñándole un ojo.

—Me huelo que queréis proponerme algo.

Rover sonrió mostrando sus dientes de caballo, amarillos y negros junto a las encías.

—Tiene su riesgo.

Jansen, el más bajo y grueso de los tres, de ojos pequeños y muy redondos, sonrió maliciosamente al informar:

—La casona de la isla tiene visitas.

—¿Visitas? —Morty miró a uno y a otro en demanda de más explicaciones; no quería que le obligasen a entrar en un juego de adivinaciones.

—Estábamos en el barco cuando hemos visto llegar el coche de la vieja. Lo conducía el mayordomo.

—¿Todavía vive la vieja? —preguntó Morty antes de beberse media jarra de cerveza de un solo trago.

—No lo sabemos —confesó Jansen—, pero con los largavistas hemos podido ver que, de amanecida, el viejo mayordomo ha llevado cuatro chicas a la casona y después se ha largado con el coche cerrando la verja.

—¿Cuatro chicas, quiénes son?

—No lo sabemos, pero la vieja no tiene hijas ni sobrinas —puntualizó Rover, el más delgado de los tres. Su gran nariz destacaba en el rostro de piel parda, infinitamente agrietada por el azote de los vientos marinos y las tormentas en alta mar.

Jansen bajó la voz dando un tono confidencial a su información.

—Nadie sabe que esas mujeres están allí, lo hemos visto

nosotros desde alta mar.

—Esa isla está maldita. Lo sabéis, ¿verdad?

Jansen y Rover asintieron con la cabeza. Este último prefirió clarificar:

—Es lo que quisieron los McNudels que pensáramos todos para que nadie merodeara por la casona cuando está deshabitada. Se hace correr la voz de que está maldita y nadie se acerca.

Morty, pese a ser el más fuerte y fullero de los tres, parecía tener más respeto a las maldiciones que los otros dos marinos.

—Se dice que dos tipos desaparecieron y que tres que a lo largo de los años han tratado de robar allí han muerto ahogados y despedazados entre las rocas.

—Los dos que desaparecieron pudieron largarse y no volver por aquí y los otros tres, bueno, es fácil caerse de noche entre las rocas. El lugar es muy malo, hay que admitirlo, no es nada extraño que se ahoguen hombres entre aquellas rocas.

—Dicen que el diablo habita en esa casona y que por su culpa la familia McNudels va a desaparecer.

—Muchas familias desaparecen por falta de herederos y no es porque el diablo las maldiga —replicó Jansen pragmático.

Morty bajó la voz hasta el cuchicheo:

—Entonces, ¿he de pensar que estáis decididos a hacer una visita a esas chicas?

—A lo mejor, ellas no saben nada del diablo —se rió levemente Rover—. Será cuestión de enseñarles el mío…

—La casona de la isla no tiene teléfono, eso lo sabemos todos. SI las chicas tienen algún tropiezo o cogen miedo, ¿quién las va a oír si piden socorro?

—No creo que la policía sepa que esas chicas están en la casa, quizás se entere cuando vean luces, pero por el momento no se sabe nada. Además, si las «visitamos» como ellas necesitan, luego no tienen por qué reconocernos.

—¿Capuchas? —preguntó Morty.

—Eso es, capuchas y poca luz —aprobó Jansen—. Podemos llegar allí por sorpresa y saltar la verja. Ellas tampoco pueden escapar y toda la noche será nuestra.

—¿Qué noche? —preguntó Morty.

—Ésta, ¿por qué retrasar la fiesta? —apremió Jansen.

—Sí, no está mal, pero nada de sangre, ¿eh? Sólo a divertirse.

—A lo mejor nos reciben con los brazos y los labios abiertos… —vaticinó Jansen.

Morty se volvió hacia el dueño de la taberna y con voz atronadora pidió:

—¡Una ronda para los tres y que sea doble!

CAPÍTULO V

Las cuatro muchachas se limitaron a comer de lo que sacaban del frigorífico sin preocuparse de condimentarlo y fue Peggy quien creyó oportuno decir:

—Si hemos de estar una semana aquí, seré mejor que pensemos en hacernos las comidas o nos pondremos enfermas.

—¿Y quién hará de cocinera? —preguntó Patricia mirando a sus tres compañeras como si esperase que alguna de ellas se ofreciera voluntaria.

—Me temo que ninguna va a querer hacer de cocinera, de modo que va a tocar un día a cada una.

—Pues, será mejor que no penséis en mí, yo no sé cocinar —declaró Patricia.

—En ese caso —aclaró Peggy—, que cada cual haga lo que le parezca, yo cocinaré para mí.

—Si cocinas para ti, puedes cocinar también para las demás —le dijo Patricia.

—De eso, ni hablar, a menos que…

—¿A menos qué? —Inquirió la pelirroja.

—Que te encargues tú de lavar los platos. Después de todo, para eso no hace falta saber demasiado, es la tarea doméstica más fácil.

—¿Cómo, yo la fregona?

—Yo sé cocinar muy poco —declaró Audrey— pero sí lavaré platos si cocináis para mí.

—Compartiré cocina contigo —se ofreció Sonia—. Tengo especialidad en algunos platillos, a ver si os gustan.

Todas miraron a Patricia interrogantes. Ésta, suspirando, aceptó:

—Compartiré fregar platos con Audrey. ¿Conformes?

—Sien, ya empezamos a ponernos de acuerdo en algunas cosas.

¿Qué tal habéis dormido?

—Yo he tenido pesadillas —confesó Sonia—. Era como si alguien me estuviera observando sin que yo supiera quién. Es una situación muy desagradable, me crispa los nervios.

—Esa sensación también la he tenido yo —confesó Peggy.

—Pues ya he dormido bien —declaró Patricia—, y a raí no me importa que me miren, más bien siempre me ha gustado.

Por su parte, Audrey explicó:

—Yo he dormido profundamente, estaba muy cansada y no me he enterado de nada.

La verdad es que no entiendo qué clase de pruebas hemos de pasar.

—Supongo que la señora McNudels tendrá su forma de valorarnos —opinó Sonia.

—A mí también me gustaría saber cuáles son las pruebas que hemos de pasar, de lo contrario empezaremos a vagar por esta mansión un día y otro hasta que nos pasen a buscar.

—Quién sabe si la anciana ha de venir un día de éstos —aventuró Peggy—. Puede revisar las habitaciones que ocupamos y ver en qué estado las tenemos. Por cierto, a mí me hace falta ropa.

—Y a mí —declararon las demás.

Peggy propuso:

—Sería bueno buscar en todos los armarios de la casa a ver si hay ropa para nosotras. Si no es un último modelo, que le vamos a hacer, pero por lo menos que nos sintamos limpias.

—En realidad —comenzó a decir la pelirroja— no nos han prohibido nada. Después de todo, esta mansión ya no va a Interesar a nadie más que a la que se la quede de nosotras, podemos registrarlo todo.

Peggy objetó:

—Será como profanar las intimidades de una familia.

—¿Y qué más da? Esa familia ya no existe, sólo queda la vieja y se morirá pronto.

—Por favor, Patricia —le pidió Peggy.

—¿Qué pasa? Ella misma lo ha dicho. ¿Es que ni a solas podemos hablar con franqueza? Ella dijo que se iba a morir y que nos había seleccionado para que una de nosotras fuera la heredera.

—Me gustaría saber cómo nos ha seleccionado —dijo Sonia con

gesto preocupado—. Por los nombres parece que no.

—La edad, sí —puntualizó Peggy.

—¿La edad? —repitió Audrey, y todas miraron Interrogantes a Peggy.

—Es evidente que las cuatro somos jóvenes y saludables. Quizás ninguna de las cuatro tenga novio o pareja estable. ¿Me equivoco?

Todas fueron negando con la cabeza. Peggy, dándose cuenta de que estaba atando cabos, confesó:

—Yo tenía una pareja casi estable, íbamos a casarnos pero murió hace poco, fue horrible.

—El chico que me cortejaba —explicó Patricia—, murió de accidente cuando esquiaba, cayó por un barranco.

—Curioso —musitó Peggy—. ¿Y tú, Audrey?

—Pues, yo viví un tiempo con un hombre, pero un día, de repente, me plantó.

—¿Te explicó por qué?

—No. Unos días después lo vi con otra y un coche nuevo.

—¿Y tú, Sonia?

—No, yo hace tiempo que no tengo pareja.

Patricia, divertida, opinó:

—Esto es como jugar a los acertijos.

—Imagino que cualquiera de las cuatro podría aparejarse con un hombre y tener hijos, ¿cierto? —inquirió Peggy.

Sonia asintió:

—Que yo sepa, puedo tener hijos.

—Y yo —dijeron Audrey y Patricia. Esta última, inquisitiva, frunciendo el ceño, inquirió:

—¿Adónde quieres ir a parar?

—No lo sé, es como jugar a Sherlock Holmes. Somos cuatro mujeres jóvenes encerradas en una extraña y valiosa mansión de una familia que desaparece. Nos aseguran que una de nosotras será la elegida para heredar esta casa, pero somos cuatro, lo que significa que en muchas cosas hemos de coincidir, aunque en caracteres y circunstancias podamos ser diferentes.

Patricia volvió a preguntar:

—¿En qué más crees que podemos ser iguales?

—No lo sé. Fijaos que no han escogido a un hombre para convertirse en heredero, sólo cuatro mujeres jóvenes que pueden

casarse y tener hijos.

—Quizás la vieja pretende que la que se quede con todo termine por casarse, puede ser una exigencia para que la mansión no se venda y continúe como está.

—Es posible —aceptó Peggy. Apuntando con su dedo índice a Sonia, le preguntó—:

—¿No tendrás tú por casualidad el grupo sanguíneo «B» negativo?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Y tú, Patricia?

—Sí.

Miraron a Audrey, ésta tragó saliva y confesó:

—Sí, yo también tengo «B» negativo. ¿Por qué?

—¿Qué puede significar todo lo que estás diciendo? —inquirió Audrey.

—No lo sé aún, pero que no hemos sido elegidas al azar, eso está fuera de toda duda. Si esa anciana lega esta mansión a una de nosotras será a cambio de algo, estoy segura.

Sonia opinó:

—Podría exigir que la elegida se quede a vivir aquí siempre y que asegure descendencia para que la casa esté siempre cuidada.

—Bueno, tampoco hay por qué ponerse nerviosas ahora —dijo Patricia—. Cuando la vieja decida, expondrá sus últimos deseos y la elegida siempre tendrá el derecho a renunciar y que otra se quede la casa si lo que ha de pactar no le gusta.

—Me temo —dijo Peggy—, que la elegida no va a poder rechazar su destino.

—¿Por qué no? —inquirió Patricia.

—No lo sé, es una corazonada.

Pasaron la tarde investigando las interioridades de Grey House. No encontraron nada especial. Era como si alguien, previsoramente, se hubiera cuidado de que las jóvenes no pudieran hallar ropa con que cambiarse.

Poco a poco se fueron familiarizando con la casa. Iban del salón a las habitaciones con suma facilidad, luego a la cocina y también a la salita que daba como en voladizo sobre un pequeño acantilado situado al nordeste del islote.

La cocina también les era ya familiar. No quisieron salir del

edificio para recorrer la pequeña y tortuosa isla porque hacía frío. El viento era fuerte y gélido y el cielo estaba de color plomizo como advirtiendo que en cualquier momento podía desencadenarse una tormenta muy violenta.

Las cuatro suponían que el caserón debía tener sótanos, pero ninguna de ellas mostró Interés alguno por descender al sótano y tampoco visitar el desván. Se decían a sí mismas que estaban en el primer día y habría tiempo para aventurarse más por la gran casona.

—Está oscureciendo —dijo Audrey al ver menguar la claridad que les llegaba a través de las ventanas.

—Hemos de encender luces. Los días de invierno siempre son muy cortos y más si están nublados.

Audrey estiró de la cadenita de una lámpara de mesa, pero la luz no se hizo y la joven repitió los tirones varias veces en busca de la luz artificial cuando ya daba la impresión de que las tinieblas se filtraban por las ventanas dispuestas a Invadir la secular mansión.

—Esta lámpara no funciona —dijo en voz alta para ser oída por las demás.

—Encenderemos la luz de ambiente —dijo Patricia accionando el interruptor que había en la pared. La luz tampoco se hizo.

Las cuatro jóvenes se inquietaron pero prefirieron no manifestarlo.

—Vamos a la cocina —propuso Peggy.

En la cocina tampoco había luz. A Sonia se le ocurrió abrir el frigorífico y observó que la luz de su interior tampoco funcionaba.

—Me temo que nos hemos quedado sin electricidad —dijo.

—Entonces, será mejor abrir poco el frigorífico para que los alimentos no se estropeen.

Patricia, que comenzaba a asustarse, preguntó:

—¿Vamos a quedarnos a oscuras en este caserón?

—Buscaremos velas —dijo Peggy.

—Sí, hay que encontrar velas —asintió Patricia, y empezó a abrir los cajones de los armarios en la cocina—. SI se les va la luz a menudo, han de tener velas.

La desesperanza comenzó a ponerlas nerviosas al comprobar que no había velas por parte alguna. Encontraron candelabros, pero también carecían de velas.

—No me gusta nada eso de quedarnos a oscuras toda la noche — se lamentó Audrey.

—Quizás sea una avería que dure poco —dijo Peggy tratando de apaciguar los ánimos de sus compañeras.

—El maldito mayordomo se ha largado sin enseñarnos cómo funciona la electricidad. Ha de haber algo que de luz, un motor, no sé, algo —dijo Patricia muy nerviosa.

—El mayordomo se ha marchado y tenemos que arreglárnoslas por nosotras mismas.

—Aquí no tenemos teléfono para llamar a averías —dijo Sonia.

Peggy aventuró:

—Quizás ésta sea una de las pruebas a que nos somete la anciana señora McNudels.

—Pues estas pruebas no me gustan nada —se quejó la tímida y asustadiza Audrey—. Si fuera posible, me marcharía ahora mismo, no me importa que no me corresponda nada de la herencia.

Peggy fue hacia el armario de herramientas y de él sacó un hacha de gran tamaño.

—¿Qué os parece esto?

—¿Vas a dormir con ella? —inquirió Patricia.

—Se hace oscuro y no tenemos luz. En el salón hay una chimenea y tenemos un hacha. Supongo que alguna de vosotras tendrá un mechero en su bolso, encenderemos la chimenea y hasta podremos hacernos la cena.

—¿Y la leña? —preguntó Sonia—. Yo no he visto leños por parte alguna.

—Mañana saldremos de la casa y la buscaremos, quizás haya leña en algún cobertizo.

—Sí, pero ¿y esta noche?

—¿Esta noche? —repitió Peggy.

Alzó el hacha, la volteó por encima de su cabeza y asestó un gran golpe contra la puerta del armario de las herramientas, partiéndola.

—Ya empezamos a tener leña —dijo, asestando más golpes.

—¡Eres una fiera, Peggy! —Aplaudió Patricia, totalmente de acuerdo con aquella acción.

—Mañana ya veremos que hay en el desván, en el sótano o por afuera. Ahora, escoged las sillas que más rabia os den o algún banco

del mobiliario, lo que menos os guste, servirá para darnos luz y calor, ya lo veréis.

Peggy fue el motor de arrastre para poner en marcha la vitalidad de las jóvenes. Fueron llevando tablas, astillas, todo lo que Peggy hacía pedazos con el hacha.

Sonia aplicó su encendedor con paciencia al relleno de una silla que sirvió de primer encendido. El fuego prendió con rapidez y las tinieblas fueron empujadas hacia los rincones, hacia los dormitorios. Las cuatro jóvenes rieron y aplaudieron nerviosamente, pero la larga noche de invierno sólo había hecho que comenzar.

CAPÍTULO VI

El gran fuego de la chimenea que mantuvieron con los trozos de madera que habían podido conseguir rompiendo los muebles de menor interés que habían encontrado, les permitió cenar caliente y olvidarse de que estaban sin luz en la antigua casona de la isla.

—No nos vamos a quedar aquí hasta que amanezca —dijo Peggy lanzando al interior de la chimenea una pata de silla que prendió rápidamente.

Audrey dijo:

—Yo no quiero andar por la casa completamente a oscuras.

—A ni no me importa quedarme aquí delante de la chimenea —opinó Patricia—. Hace menos frío.

—Pero, hay que descansar —declaró Peggy—. Si nos quedamos aquí, mañana estaremos como rotas. Yo me voy a mi cuarto.

—¿A oscuras?

—Estoy segura de que lo encontraré.

Sonia dijo:

—Yo también iré a la habitación pero más tarde.

—La oscuridad no debe amedrentar a una persona. ¿Y si alguna de nosotras se quedara ciega de pronto?

—¿Qué dices, Peggy, estás loca? —Se asustó Audrey.

—No estoy loca, es una posibilidad. Todos podemos quedarnos ciegos en un momento dado, hay muchos ciegos en el mundo y a cualquiera puede ocurrirle esa desgracia: Una enfermedad, un accidente de tráfico. Lo que trato de decir es que no pasa nada por desenvolverse a oscuras.

Patricia replicó:

—No pasaría nada si estuvieras en tu casa, si supieras por donde caminas y estuvieras segura de que no hay nadie cerca porque

tienes tu puerta bien cerrada.

—Haced lo que queráis, aquí no hay reglas de vida ni de convivencia. Nos han dejado encerradas durante una semana, que cada cual haga lo que le parezca mejor. Yo os he dado leña para tener luz, calor y poder cenar mejor, pero ahora me voy a dormir.

—Si vas a oscuras, te vas a matar —advirtió Audrey que lo que deseaba era que ninguna abandonase la sala. Su terror más grande era acabar sola allí, tenía mucho m3s miedo del que daba a entender.

—Espero no quedarme nunca ciega, pero me entrenaré.

Había dejado el hacha en un rincón y los pedazos de sillas y bancos rotos para que sus compañeras fueran introduciéndolos en la chimenea.

Peggy sabía que las noches de invierno se hacían interminables y lo mejor era pasarlas durmiendo. Llevaban ya horas de oscuridad. Iluminándose sólo con el fuego del hogar y apenas eran las diez de la noche, hasta la amanecida quedaba una eternidad.

Subió por la amplia escalinata. Ya en lo alto, tanteó la baranda de madera para orientarse. A lo lejos se podían ver tenues luces casi fantasmagóricas que brotaban de la chimenea.

Pudo oír el rumor de las voces de sus amigas, no se las entendía. Una de ellas rió con fuerza, era Patricia, su risa sonaba nerviosa.

Peggy volvió a tener la impresión de ser observada desde las tinieblas. Se detuvo bruscamente y giró la cabeza como tratando de sorprender a alguien que no vio. Tragó saliva. Estaba segura de que había alguien, pero ¿dónde?

«No seas tonta», se dijo para darse ánimos y ahuyentar el miedo que había comenzado a sentir.

Su alcoba era la cuarta puerta por la derecha, lo recordaba bien. Casi tropezó con una alta butaca de cuero que había en el amplio corredor. Gimió ligeramente. De pronto, tuvo una gran prisa por llegar al dormitorio y al encontrar la puerta, la empujó con rapidez. Penetró en la estancia y cerró tras de si lamentando no tener un cerrojo ni una llave para protegerse.

Con los ojos ya habituados a la oscuridad, le pareció que dentro del dormitorio había cierta claridad, la que penetraba por la ventana pese a ser de noche y estar lloviznando. La luz de la luna conseguía traspasar la barrera de nubes y filtrarse en la estancia

donde Peggy tenía los iris totalmente abiertos, ávida de luz.

Con cierta ingenuidad, puso una silla inclinada contra la puerta como para impedir que la abrieran mientras dormía. Se desnudó y se acostó sin quitarse las bragas. Con ellas puestas, sentía como una pequeña protección hacia su persona, una débil barrera. Ya entre las sábanas, no estuvo segura de llegar a conciliar el sueño. Se había hecho la valiente frente a las demás, pero ahora, sola en aquella desconocida habitación, tenía miedo. La asustaba que los aterradores recuerdos de la muerte de Cyril cayeran de nuevo sobre ella y, por otra parte, seguía preocupándole la sensación de ser observada desde la oscuridad sin saber por quién.

«¿Seré una paranoica?» se preguntó, temiendo despertar un día aprisionada por una camisa de fuerza y dentro de un cuarto totalmente acolchado. ¿Cómo podía suceder tal cosa? ¿Sería como ponerse a dormir y luego despertar a una nueva vida?

«No pienses, no pienses. Duerme, duerme», se repitió.

¿Por qué aquel maldito juego de la herencia? ¿Por qué las cuatro? ¿Qué trataba de conseguir la anciana McNudels? ¿Por qué encerrarlas en aquella Isla solitaria?

Había demasiadas preguntas a las que no hallaba respuesta, pero lo que más le preocupaba era no saber si estaban realmente solas en Grey House.

Cuando creía que el sueño era una meta imposible de conseguir, tuvo un sobresalto. Acababa de oír un grito, un grito agudo de mujer. Se incorporó en la cama y escuchó con atención.

Llovía, podía oírse el gotear del agua contra la ventana. Miró su reloj digital pulsando el botón de la lucecita.

—Doce veintidós…

Si había dormido.

Escuchó otro grito y ya no le cupo duda de que algo desagradable estaba ocurriendo. Saltó de la cama y buscó a tientas sus pantalones y su jersey. Se vistió con rapidez y salló de la alcoba.

Oyó de nuevo gritos de miedo y risas de burla, voces finas y voces roncas.

Se acercó a la baranda. Haces de luz barrían la gran sala, varias linternas se movían de un lado a otro.

Trató de ver a través de la baranda tallada en madera y descubrió a unos hombres encapuchados que empujaban y

zarandeaban a sus amigas.

—Falta una —rugió uno de ellos.

—¿Dónde está la que falta? —preguntó otro, cogiendo a Sonia por los hombros.

—¡No lo sé!

Aquel canalla golpeó a Sonia hasta derribarla y la dejó en el suelo sollozando de dolor y miedo.

—Tú, ¿dónde está la que falta? —preguntó otro, metiendo el haz de luz en los ojos de la aterrorizada Audrey.

—Arriba, en su habitación —declaró, asustada.

—Voy a buscarla —mascculló otro—. La encontraré en la cama, va a tener un buen despertar.

—Mientras, empezaremos a divertirnos aquí abajo —dijo el que parecía más alto.

—¡Que se desnuden! —ordenó el tercero, iluminando con su linterna el rostro de la pelirroja.

—¡Nooo! —gritó Patricia echando a correr.

Fue alcanzada por un puñetazo en la espalda que la derribó boca abajo, dejándola sin respiración.

—¡Tú! —interpeló Morty, enfocando de nuevo con su linterna las asustadas pupilas de Audrey—. Añade más leña al fuego.

—Sí, sí —se apresuró a decir la joven.

—¡A ésta le voy a dar un buen trote! —exclamó el que había derribado a Patricia.

La muchacha gimió mientras podía oírse el rasgado de sus ropas. Gritó al sentirse violada y forcejeó tratando de escapar, pero el espinazo, el pecho, la cabeza, todo le dolía.

—¡Cabrones, nooo!

Se oyeron risas mientras uno de los encapuchados subía por la amplia escalera abriéndose paso entre las tinieblas gracias a su linterna.

Adivinando cuál sería su destino inmediato si era descubierta, Peggy se alejó de la baranda. Su corazón latía rápido, demasiado rápido.

Si regresaba al dormitorio, aquel canalla terminaría encontrándola y lo mismo sucedería si trataba de ocultarse en otro dormitorio, porque los registraría todos. Sabía que había una cuarta muchacha y Audrey le había dicho que estaba arriba.

Mientras le llegaban con claridad los gritos desgarradores de sus compañeras humilladas, Peggy se escondió tras la alta butaca de cuero pegándose contra la pared.

Oyó los pasos sobre el suelo de madera. Vió el haz de luz y quedó inmóvil. Quiso estar como muerta, pero su respiración era agitada, una respiración espoleada por el terror que sentía.

Si aquel miserable la descubría, no tendría defensa alguna contra él. Sus fuerzas eran escasas frente a aquel hombre que casi mediría dos metros de altura.

Lo sintió pasar junto a la butaca de cuero y temió que la delatara el golpeteo de su corazón.

El encapuchado pasó de largo y entró en un dormitorio, luego fue a otro. Registró las habitaciones buscándola como la fiera carnicera busca a su presa, seguro de alcanzarla.

—Zorra, ¿dónde estás?

Lanzó de un lado a otro del corredor el foco de luz. Parecía molesto, pero quería dar sensación de seguridad, de triunfo.

—He encontrado tu cama caliente. ¿Dónde te has escondido, zorra, dónde?

Peggy sintió la garganta seca. No quería ni respirar para no ser descubierta. Acurrucada, pegada de forma Increíble entre la parte posterior del respaldo del sillón y la pared, permanecía oculta.

«Si me descubre, prefiero morirme», pensó.

El encapuchado corrió de un lado para otro y hasta tres veces pasó por delante del sillón sin reparar en él. Tenía la idea fija de que la fugitiva estaba escondida en un dormitorio, debajo de alguna cama o dentro de un armario. Los gritos y llantos de las muchachas sorprendidas debieron hacerle pensar que se estaba perdiendo la diversión y que encontrar a la fugitiva estaba resultando más difícil de lo que creyera.

—¡Zorra, ya saldrás! —gritó, ya al borde de las escaleras—. ¡Torturaremos a tus amigas hasta que salgas! ¡Cuando las oigas suplicar piedad, saldrás, porque de lo contrario lo que a ellas les ocurra será culpa tuya!

—¡Tienes una para ti! —le gritaron desde abajo.

Al verle llegar de nuevo, Audrey, que había presenciado aterrorizada como Patricia y Sonia eran humilladas, golpeadas y violadas, tuvo una crisis de nervios y perdió momentáneamente la

razón poniéndose a gritar delante de la chimenea.

—¡Hazla callar! —rugió el que estaba montado a horcajadas sobre la vencida y apaleada Patricia.

Peggy había visto brutalidades como aquélla en «*thrillers*» de televisión o en el cine, las había leído en relatos de libros o revistas, pero vivirlo era muy diferente. No sabía si los tres encapuchados habían irrumpido en la casona o habían estado agazapados dentro de ella esperando que las jóvenes estuvieran totalmente indefensas y sin posibilidad de escapar.

Las tres muchachas, sorprendidas frente al fuego, sufrían aquel ataque violento y salvaje.

Audrey, la más asustadiza, era quien estaba con los nervios más desatados y al acercarse a ella el encapuchado, retrocedió hasta tocar con su espalda la boca de la chimenea.

Las llamas, rápidas y voraces, prendieron en sus ropas, subieron desde sus corvas hasta los largos cabellos, convirtiéndola rápidamente en una tea humana que abría sus brazos y los agitaba sin saber qué hacer.

—¡Estúpida! —gritó el encapuchado que estaba frente a ella y que había estado a punto de atraparla con sus manos.

Audrey echó a correr. El fuego, pegado a ella como un diabólico amante, corría sin apagarse.

—¡Apágala! —gritó otro de los encapuchados, el que sujetaba a Sonia, teniéndola humillada boca abajo y desnuda hasta la cintura.

El hombre, dándose cuenta de que todo iba a arder, se quitó el tabardo y persiguió a Audrey con él antes de que prendieran cortinas y muebles.

La cubrió con la gruesa prenda arrojándola al suelo y apagando sus llamas.

Peggy, aterrorizada por los gritos, por la luz de las llamas que habían prendido en Audrey, se acercó de nuevo a la baranda y entonces vio algo Insólito, algo que creyó era una jugada de su miedo, quizás un espejismo de luces, sombras y contraluces.

La sombra de una figura enorme se proyectó contra la pared y pudo ver la silueta del hacha. Un golpe, después otros, pero éstos eran ya del rebotar de la cabeza del encapuchado por el suelo.

El marinero, de verdugo, acababa de convertirse en reo de ejecución. Su cuerpo decapitado se derrumbó junto al cuerpo

tembloroso de Audrey.

Peggy no pudo soportar más la tensión nerviosa y gritó de tal manera que su voz semejó acuchillar todas las ventanas de la solitaria casa de la isla que durante siglos había desafiado al mar.

CAPÍTULO VII

—¡Cuidado! —gritó el encapuchado que no parecía dispuesto a apartarse de su víctima que era Patricia.

Sonia, boca abajo, con una manaza del marinero sobre su nuca, aplastándole la cara contra el suelo para que no se moviera y que continuara sometida a la violación, no pudo ver como el hacha se levantaba por segunda vez y caía en vertical sobre la cabeza del encapuchado. La abrió en dos, separando sus ojos como si fuera un taco de leña partido de un hachazo certero.

El cuerpo ya sin vida del hombre, con los ojos abiertos y manando sangre abundantemente, cayó sobre Sonia.

—¡Noooo! —gritó el tipo que abusara canallescamente de Patricia.

De un salto consiguió escapar al hachazo que iba en su busca y echó a correr hacia la cocina por cuya puerta habían entrado en la casona.

Patricia, boca arriba, con las ropas desgarradas, las mamas desnudas y el vientre al descubierto, agitó la cabeza convulsivamente presa de la histeria. Sus ojos ya no podían saber si era cierto lo que veía o todo era una pesadilla de la que suplicaba a gritos despertar porque era incapaz de soportarla.

El ser que había ejecutado a dos de los encapuchados fue lentamente tras el fugitivo.

Se oyó una detonación lejana.

Peggy se precipitó escaleras abajo. Había gritado, pero ahora trataba de serenarse. La sala seguía Iluminada por la chimenea y olía a humo.

Patricia, tendida en el suelo, lloraba sin siquiera pensar en cubrir su cuerpo desnudo y violado.

Mientras Sonia se escurría por debajo del cadáver grande y pesado que la cubría y manchaba de sangre, Peggy fue a ver qué podía hacer por Audrey.

La joven temblaba espasmódicamente pero había perdido la conciencia. En su espalda, las ropas estaban quemadas y la delicada piel se veía abrasada.

—¡Ayudadme, ayudadme, hay que llevarla a un hospital! —gritó Peggy conteniendo el llanto, sintiéndose impotente ante aquella carnicería.

Ni Patricia ni Sonia respondían bien. Esta última estaba tan manchada de sangre que la propia Peggy se asustó al verla.

—¿Estás bien, Sonia, estás bien?

—Quiero irme, quiero irme —repetía como una autómata, incapaz de coordinar las ideas.

Se abrió la puerta grande de la casa y por ella entró la figura de un hombre que les pareció más alto de lo que realmente era.

Vestía ropas de lana negras y holgadas, parecía un sayo con cinturón de cuero del que pendían tablillas de madera en las que brillaba algo dorado. Sus cabellos eran lacios, largos y canos. Los ojos estaban tan hundidos que sus cuencas semejaban vacías y la piel del rostro se hallaba surcada por profundas arrugas. Entre sus manos portaba un rifle.

Peggy retrocedió lentamente a medida que el extraño y desconocido personaje avanzaba hacia ellas.

—Lamento lo ocurrido —dijo con su voz muy ronca—, pero ya de nada sirve llorar.

—¿Quién es usted? —le preguntó Peggy.

Aquel anciano que podía tomarse como una especie de monje justiciero, miró los cadáveres de los encapuchados, uno decapitado y el otro con la cabeza partida. Después miró a Audrey que seguía boca abajo, inconsciente pero con temblores. Posó luego sus ojos en Patricia que estaba sentada en el suelo sin conseguir cubrir su cuerpo.

—¿Te han violado? —le preguntó.

—Si —asintió la muchacha con un sollozo.

El viejo se volvió hacia Sonia que, medio desnuda y ensangrentada, ofrecía una imagen patética.

—Tú has sufrido lo mismo que ella, ¿verdad?

Sonia, incapaz de articular palabra, asintió con la cabeza.

Por fin, el anciano vestido de negro clavó sus ojillos en Peggy.

—¿Tú has escapado?

—Sí, pero ¿quién es usted, qué tiene que ver con lo ocurrido?

—Nada. Ellos son marineros, han sabido que estabais solas y han acudido aquí como perros.

—¿Y el del hacha? Usted no ha sido el que ha utilizado el hacha para, para…

—Marchaos arriba a las habitaciones. Mañana, la luz del día borrará la tragedia de esta noche.

—¡Hay que llevar a Audrey al hospital ahora mismo! —exigió Peggy.

El anciano del rifle negó con la cabeza.

—Olvidaos de ella.

—¡No! —replicó Peggy.

—¿Qué pretendes, condenarla a vivir con tan graves quemaduras, te lo agradecería ella? Marchaos arriba.

—¡No podemos dejar que muera, hay que llevarla al hospital ahora mismo! —gritó Peggy.

Miró a sus compañeras; Patricia estaba derrumbada y Sonia ofrecía un aspecto lamentable con toda la sangre que la manchaba.

El anciano, sin prisas, sin nervios, con el resabio de una larga vida de meditaciones y experiencias, se volvió hacia Audrey.

Levantó el rifle y antes de que Peggy pudiera gritar, retumbó la detonación y el aire olió acre, a pólvora quemada.

Audrey sufrió una sacudida y después quedó quieta.

El anciano se volvió hacia Peggy y le habló sin alzar su voz, con un acento extraño alejado de toda lengua conocida.

—Ha dejado de sufrir.

—¡Asesino! —acusó Peggy.

—Todo es cuestión de opiniones, muchacha. He vivido demasiados años, tengo conocimientos de otras formas de pensar y es muy difícil que llegues a coincidir conmigo. No te lo reprocho, aún eres un brote de vida. Si pudiera hablar, ella agradecería este final. Por mucho que imagines, nunca llegarías a sospechar el dolor que a ella le esperaba y ya jamás sería una muchacha como vosotras.

—¡La ciencia médica hace milagros! —Casi gritó Peggy.

—No discutamos más. La noche avanza, marchad, marchad y quitaos la sangre de vuestros cuerpos y de vuestra mente.

—¡No queremos quedarnos aquí!

—Ahora no podéis marcharos, vuestro momento llegará.

—¿Qué es lo que quieren de nosotras?

—No hay respuestas ahora. Mañana será otro día.

—¡Quiero hablar con la señora McNudels, quiero hablar con ella! —exigió Peggy.

Sosteniendo el rifle con la mano izquierda que resultó grande y huesuda, el anciano se acercó a Peggy. Alzó la diestra y comenzó a mover sus largos dedos frente a los ojos de la muchacha.

—Debes tranquilizarte, Peggy, debes tranquilizarte. Te sientes bien, muy bien. Tu cuerpo pierde peso, te duermes, te duermes. Tu espíritu se serena. Encontrarás a tu amiga y ella te dirá que está bien, que ya no sufre, que no hubiera deseado sufrir. Ve al dormitorio y que te acompañen tus amigas.

La capacidad de resistencia, de agresividad, se esfumó del cuerpo de Peggy. Sintió que las fuerzas la abandonaban y que no podía oponerse a las órdenes de aquel anciano desconocido que podía ser oriental o euroasiático cuando menos.

Había pasado de la furia a una extraña relajación en escasos segundos, aunque dentro de ella algo se rebelaba. No quería someterse sumisa a las órdenes de un desconocido por anciano que éste fuera y aunque las hubiera salvado de los encapuchados violadores.

Has, lo que en ella quedaba de rebeldía no fue suficiente y dando media vuelta, se dirigió a la escalinata. Patricia y Sonia la siguieron, lanzando unas últimas miradas al singular anciano que quedaba de pie entre los muertos.

Al llegar al piso alto, la luz se hizo en la mansión como por arte de magia. Patricia y Sonia se sentían humilladas, hundidas, alteradas. No se atrevían a decir nada y Peggy se dirigió a su dormitorio como sonámbula. El extraño anciano la había hipnotizado con suma facilidad.

—Lavaos y dormid —pidió Peggy a Patricia y Sonia como si nada hubiera ocurrido.

Entró en su dormitorio, se desnudó y se acostó olvidando cualquier protección, cualquier miedo.

Sonia y Patricia se miraron interrogantes y luego se fueron juntas al cuarto de baño donde, se lavaron totalmente. Después entraron en un cuarto para dormir cerca una de otra. Ansiaban escapar, pero sabían que no podían hacerlo. Estaban encerradas en Grey House, la casona de la isla.

CAPÍTULO VIII

Vestida con una vaporosa túnica de gasa que transparentaba su cuerpo joven y venusino, Peggy avanzó descalza por el interior de la casona que semejaba un palacete frío y cálido a la vez; frío porque la luz que lo iluminaba y que se filtraba por los vitrales era gélida, una luz blanquecina y lechosa.

Sus cabellos rubios caían sueltos sobre hombros y espalda. Sus senos redondos, ubérrimos de vida, semejaban gotear miel contra la gasa que trataba de ocultarlos sin conseguirlo. La cintura se veía estrecha y las caderas se adoraban ondulantes.

—¿Quién está en la casa? —preguntó.

Su voz, como lejana, hallaba ecos en las paredes frías, ecos de musicalidad cristalina.

—¿Hay alguien aquí?

Se detenía y miraba alrededor. Era como si hiciera siglos que nadie hubiera puesto sus pies en Grey House y el frío invierno hubiese helado paredes y techos; sin embargo, Peggy no sentía frío, toda ella era vida. Sangre roja y ardiente recorría su cuerpo con fuerza, desde los bien torneados pies hasta las raíces de sus cabellos dorados y llenos de grandes rizos.

—¿Hay alguien aquí?

Continuó avanzando por el Interior de la casona donde semejaba haber más salas de las que había visto antes.

—¡Señora McNudels, señora McNudels! ¿Está ahí?

No había respuesta a sus llamadas. Peggy se sentía etérea, ingrávida, como espíritu fantasmal que recorriera su castillo.

Le pareció que una puerta en la que no había reparado Irradiaba una luz verdosa, como si fuera algo vivo y tuviera aura.

Se sintió poderosamente atraída hacia aquella puerta. Posó su

mano en el pomo y lo notó caliente. Lo hizo girar y la puerta cedió, apareciendo ante ella la oscuridad de una gruta con escaleras de piedra que descendían hacia el fondo.

Parpadeó. Notó un tenue cosquilleo en los pezones y sin mirarlos, supo que se le erectaban. Aquellos tibios cilindros color cereza punzaban ahora la gasa que los protegía y todo el conjunto de sus dos pechos se endureció e irguió.

Notó un suave calor que descendía por su abdomen hasta el nacimiento de las piernas. Se sentía como una virgen que iba a ser entregada en el tálamo del amor, pero Peggy no sabía nada conscientemente, sólo experimentaba Intensas y turbadoras sensaciones.

¿Para qué la había hecho ir hasta Grey House la anciana McNudels con el señuelo de que conseguiría la casa como herencia?

Comenzó a descender hacia lo que debía ser el sótano de la casona, una construcción tan antigua que ni el primer McNudels que pisara aquel lugar habría de saber quiénes fueron los que colocaron sus primeras piedras.

La luz era tan escasa que apenas veía, pero sus pies no vacilaban. Más de treinta escalones hubo de bajar hasta llegar a un amplio distribuidor y una tenue luz rojiza la guió hasta la boca de una gruta por la que se introdujo, llegando así a una sala en la que había una chimenea donde ardían leños que brindaban luz y calor.

Sombras casi avernales se proyectaban en las paredes junto a las que había varios muebles rudimentarios.

Sintió la poderosa atracción del fuego como si ella fuera una mariposa nocturna.

Tuvo la sensación de que alguien la miraba desde algún rincón oscuro. Se volvió y buscó alrededor tratando de descubrir a su silencioso observador.

—¿Quién está ahí?

Los leños fueron ennegreciéndose dentro de la chimenea, despidiendo humo y pocas llamas, de tal modo que apenas se podía ver, ya que a aquel subterráneo no llegaba la luz de la luna que lograba traspasar las nubes que azotaban la isla con sus gruesas gotas de agua.

—¡Sé que hay alguien ahí!

Pudo oír una respiración fuerte, casi un jadeo animal, la

respiración agitada de un ser al que parecía faltarle el aire que exigían sus pulmones ansiosos.

—¿Por qué no dice nada? —preguntó Peggy girando sobre sus pies.

La respiración estaba más cerca, casi podía sentir su calor traspasando la gasa que cubría su cuerpo.

—¿Quién eres?

Sobrecogiéndose, notó que una mano le tocaba la espalda. Un pequeño grito escapó de su garganta.

—No… te… muevas —pidió lentamente una voz gutural que apenas parecía saber hablar.

—¡No te acerques, no te acerques! —suplicó más que ordenó.

—No… te… haré… daño.

Peggy apenas podía ver, pero tuvo la impresión de que un ser enorme, gigantesco, se movía pesadamente a su alrededor.

El fuego de la chimenea sólo eran brasas, como rubíes expuestos al sol, que apenas Iluminaban. Pudo ver unos grandes ojos humanos y tragó saliva.

Si aquel ser era tan grande como parecía, no podría escapar si trataba de huir. Además, aquél era su antro, su guarida, y ella había entrado en él sin tomar precaución alguna.

—No me haga nada, nada —suplicó sin atreverse a hacer ningún movimiento para no despertar su ira.

Se estremeció al notar de nuevo la gran mano de aquel desconocido que se ocultaba y vivía en las tinieblas como un ángel maldito, condenado a la eternidad de los infiernos.

—No… te… haré… daño —insistió la voz, tratando de calmarla.

La joven sentía la boca seca, le faltaba saliva para humedecerla. Alzó el mentón y estiró su cuello como buscando dentro de su garganta y ya casi en sus bronquios, algo con qué humedecerla.

La gran manaza semejó perder miedo y palpó mejor la espalda de Peggy que se estremecía de terror.

El gigante de las tinieblas deseaba conocer más del cuerpo femenino y fue resiguiendo la espalda con su mano hasta apoyarse en la bien redondeada grupa de la muchacha.

—Déjame, por favor, déjame —suplicó ella con el miedo en sus palabras mientras notaba la fuerte respiración de aquel ser, una respiración que quemaba.

Notó como él tentaba la redondez de sus nalgas que la túnica de gasa no protegía, era como si no existiera cuando los dedos ávidos de belleza separaban los glúteos y reseguían los muslos.

—¡No, no!

Peggy se revolvió encontrándose frente a él.

Sintió ahora la respiración en su rostro y pudo ver la claridad de aquellos ojos que la miraban con fijeza mientras de nuevo las grandes manos se posaban sobre su cuerpo.

Peggy fue retrocediendo hasta topar con la pared de la gruta.

—No, por favor, no —siguió suplicando pese a ser consciente de que no podría escapar.

El desconocido encontró los pechos femeninos y los tomó mimosamente con sus manos mientras Peggy temía que de un instante a otro él pudiera dañarla.

—No quiero, no quiero —gimió Peggy.

Dejó los hinchados y duros pechos de la mujer, que semejaban gotear leche con miel pues las puntas de los pezones se habían humedecido, y descendió con sus manos dispuesto a descubrir todo el cuerpo de la muchacha indefensa que, incautamente, se había introducido en la gruta donde él vivía.

—¡Oliver! —Interpeló tajante la voz del anciano vestido de negro—. ¡Déjala!

—La… quiero… —respondió el ser enorme que tenía a Peggy acosada contra la pared, quemándola con su aliento. Impidiéndole escapar con las rejas de sus dedos.

—¡Déjala, Oliver! —volvió a ordenar imperioso el anciano que semejaba atesorar más de cien años en los surcos profundos de su piel.

—La… quiero… —insistió el ser.

—Oliver, no es ella, no es ella. Debes esperar, tu momento llegará. Ahora, delante de ti sólo tienes un espíritu astral. Es… ella…

—No, sólo es su espíritu astral que ha escapado de su cuerpo físico para buscar la verdad de Grey House. Ella es la mejor sin duda y será tuya. Ella es la única que no ha sido violada por esos salvajes. Ahora, apártate, obedece. Ella tiene que regresar a su cuerpo o de lo contrario morirá y si muere, tú la perderás.

—No… no —casi gimió Oliver.

De pronto, Peggy se sintió como arrebatada por un vendaval, engullida por una tromba marina capaz de succionar un barco.

Girando y girando sobre sí misma, subió por las escaleras escapando de la gruta. Quedó dominada por el vértigo que enloqueció su mente hasta tener la sensación de que se introducía en un calidoscopio que giraba constantemente.

CAPÍTULO IX

Cuando Peggy abrió los ojos, la luz del día entraba por la ventana traspasando los visillos amarillentos por el tiempo. El día era frío como el anterior, seguía nublado y lloviznaba con finas y mansas gotas, como si fuera la condensación de la niebla.

Se Intuía donde estaba el sol porque en las nubes había algo más de claridad, pero no podía verse y no parecía que durante el día llegara a lucir.

El mar batía las rocas con furia levantando crestas de espuma y agua a una altura de más de diez metros, como si tratara de llegar hasta la mismísima casa largos años acosada por las incansables olas, pero seguía en pie, incólume, desafiante.

Miró a un lado y a otro. Se sentía rara, extraña, como extraño era su entorno. Tuvo que esperar unos segundos para recordar que se hallaba en Grey House.

Siguió haciendo esfuerzos mentales y palideció al recordar los sucesos de la noche anterior: La irrupción en la casa de los tres encapuchados, la violación de sus compañeras, la muerte espantosa y sangrienta de los encapuchados, la aparición del enigmático anciano que tenía mucho de monje de otros tiempos, la muerte de Audrey, la presencia no definida de un ser grande, lento y pesado que era quien debía haber manejado el hacha justiciera y luego, un extraño paseo nocturno por el interior de la casa buscando la verdad de lo sucedido, la verdad de la historia que se ocultaba al resto del mundo, una verdad que la anciana McNudels silenciaba y en la que las jóvenes allí encerradas y aisladas iban a tener mucho que ver.

—No, no puede ser, no puede ser, no puede ser —se dijo—. Todo debe ser una pesadilla.

Peggy ansiaba que todo fuera producto de una pesadilla, los sueños torturantes de una mala noche pasada en cama extraña. En aquellos momentos, su mente estaba como algodonada por tenebrosas nieblas que le impedían discernir entre lo que había ocurrido realmente y lo que su mente podía haber imaginado en fantásticas pesadillas.

Abandonó la cama y sintió el frío en su cuerpo desnudo. Quedó sorprendida y se vistió rápidamente. No le gustaba aquella situación. Notaba a faltar su cuarto de baño y ropa limpia para cambiarse. Abandonó el dormitorio y buscó por las habitaciones a sus compañeras, hallándolas en una habitación. Sonia y Patricia estaban en una misma cama ancha, las dos la miraban con los ojos muy abiertos, ojos con miedo.

—¿Cómo estáis? —les preguntó, percatándose de que el miedo las hacía refugiarse juntas dentro de la cama.

—Queremos marcharnos de aquí —dijo Sonia.

—Anoche fue horrible, espantoso —balbució Patricia con voz trémula. Ya no era la joven dinámica y alegre del día anterior—. Tú tuviste más suerte.

—Tengo la mente tan confusa que ya no sé lo que sucedió en realidad o lo que ha sido pesadilla, porque he tenido pesadillas.

—El viejo te hipnotizó, nosotras lo vimos.

—¿Estáis seguras? Yo no lo recuerdo.

—Tú no querías obedecer y ese monje o brujo te hipnotizó. Nosotras te hubiéramos ayudado, pero vimos que no deseaba hacerte daño, sólo quería que te fueras a dormir —explicó Sonia.

—No me acuerdo. Sé que os ocurrió algo muy desagradable.

Patricia se incorporó en la cama. Tenía los ojos rojos de tanto llorar y el miedo en el fondo de sus pupilas.

—Nos golpearon, nos violaron y luego, la sangre… ¿Para qué nos han encerrado aquí, para qué? La vieja bruja nos preparó una trampa con el cuento de la herencia en la que hemos caído ingenuamente.

—Tenemos que marcharnos ahora que es de día y hay luz —propuso Sonia que tenía algunos morados en el rostro y también en gran parte de su cuerpo.

—Estoy de acuerdo con vosotras, vámonos de aquí. No sé si lo he soñado o lo he visto con mis propios ojos, tengo una terrible

confusión en la mente, ya os lo he dicho, pero esta mansión está habitada por un ser distinto, alguien que no es como los demás y que está bajo la protección de ese anciano.

—Ese ser del que hablas, fue quien partió a hachazos las cabezas de los encapuchados —explicó Patricia—. ¿Alguien lo vio bien?

—No —dijo Sonia—, pero creo, creo que era muy grande. No sé, había poca luz y la sangre me llenó los ojos, fue horrible, lo vi todo rojo y estaba tan humillada por la violación que estaba sufriendo…

—Mataron a Audrey, ¿verdad? —Inquirió Peggy.

—Sí, Audrey se incendió en la chimenea por culpa de uno de los encapuchados. Tú la defendiste, pero el anciano la mató de un tiro —explicó Patricia.

—Hay que escapar de este lugar, denunciar a la policía lo ocurrido y que sea la justicia quien lo aclare todo.

—Sí, si, que venga la policía —dijo Patricia.

—Será difícil explicar qué hacemos aquí si la bruja McNudels miente y dice que hemos invadido su mansión —observó Sonia.

—No creo —rechazó Peggy—. Vestíos, nos iremos de aquí como sea. Estoy segura de que no estamos solas en esta mansión y que quienes nos observan esperan de nuevo la noche para hacerse notar.

—Yo no quiero pasar ninguna noche más aquí —dijo Patricia—. No podemos olvidar que Audrey ha muerto y que cualquiera de nosotras puede ser la siguiente.

Decididas, abandonaron la cama, aún tenían huellas de sangre. Pasaron por el baño y ajustaron como pudieron sus ropas desgarradas por la violencia de los encapuchados.

Cuando descendieron por la gran escalera a la sala, lo hicieron con temor, pero allí no había nadie.

—No están los muertos —observó Patricia.

Sonia opinó:

—Se los habrá llevado el viejo.

Habían limpiado hasta los rastros de sangre. Incluso, la chimenea estaba libre de cenizas y no parecía que hubiera ocurrido nada extraño la noche anterior en aquel lugar.

Faltaban algunas sillas y un banco, aquello que Peggy había destrozado con la pesada y afilada hacha para alimentar a la voraz chimenea.

—Por lo visto, el viejo no quiere que recordemos lo ocurrido —

opinó Patricia.

—Debemos marcharnos, yo no paso otra noche en este caserón —dijo Sonia muy nerviosa.

—Tengo frío —declaró Peggy—. Antes de escapar podríamos pasar por la cocina y tomar algo caliente.

En la cocina calmaron algo sus ánimos y calentaron sus cuerpos. Todo funcionaba bien allí, y la falta de fluido eléctrico no parecía haber perjudicado los alimentos guardados en el frigorífico.

—Nos mojaremos —observó Sonia, mirando hacia el exterior.

—El pueblo no está lejos, allí pediremos auxilio a la policía —dijo Patricia—. Nos darán ropas, nos atenderán y vendrán aquí. Yo, por si acaso, no suelto esto. —Mostró un cuchillo de cocina grande y afilado.

Con mayor vitalidad en sus cuerpos, pero moviéndose más impulsadas por el miedo que sentían a continuar en la casona que por alegría de juventud, salieron de la casa y con paso rápido comenzaron a descender por aquella carretera que daba vueltas a la isla y que desde la puerta de la casa llevaba a la verja que cerraba el paso a cuantos pudieran acercarse por la escollera artificial.

En aquel lugar, que era como una zarpa metida en un mar violento, no parecía que jamás pudiera haber buen clima. El sol debía verse raras veces en su cegadora brillantez, siempre debía estar oculto tras nubes cargadas de tormenta.

En aquellos momentos, la lluvia era fina, pero calaba las ropas y amenazaba con aterir el tuétano de los huesos por muy jóvenes y vitales que éstos fueran. Los lugareños siempre Iban bien abrigados con prendas gruesas e impermeables, pero las muchachas allí encerradas como en una trampa mortal, eran de ciudad y no estaban preparadas para resistir las inclemencias.

Peggy aceleraba el paso. Patricia y Sonia no querían quedarse atrás y lo aceleraban también. Las tres apretaban los antebrazos contra sus pechos y con las manos ajustaban las solapas a sus cuellos.

El juego de la herencia había dejado de ser divertido.

La idea fija de las jóvenes era escapar a cualquier precio, pero las tres sabían que de nada valía gritar pidiendo auxilio para que alguien las socorriera, estaban demasiado lejos de la tierra firme. En un lugar de paz y silencio quizás habrían logrado hacerse oír y

entender, pero allí, donde las olas bramaban secularmente contra las rocas, era imposible que su voz llegara a parte alguna, ya que era engullida por el fragor del oleaje siempre en lucha contra las rocas.

Al bajar por aquella estrecha carretera en dirección a la verja, lo hacían con la esperanza de retornar al mundo que ellas conocían, que si bien no era muy bueno, sí estaba mucho mejor que el que habían encontrado en aquel rincón olvidado. Mas, al aproximarse a la verja y verla cerrada, sus esperanzas se iban diluyendo y la angustia anidaba en sus cuerpos.

Fue Sonia la primera que aferró sus manos a los barrotes de hierro macizo, siempre húmedos. Forcejeó con ellos y Patricia se unió a sus esfuerzos, pero quienes habían puesto la verja en aquel lugar se habían asegurado de que no pudiera ceder ante el embate de Intrusos. No era una verja de decoración sino un obstáculo recio, alto y hostil a causa de las puntas de lanza con que terminaba en su parte superior, capaces de frenar el impulso de quienes tuvieran la intención de adentrarse en la pequeña isla.

—Es inútil —se lamentó Peggy apretando el cuello de su gabardina contra su garganta—. Si no tenemos la llave, jamás saldremos de aquí.

—Y los encapuchados, ¿cómo entraron? —Inquirió Sonia encarándoe con la rubia Peggy como si ésta tuviera respuestas para todo.

—No lo sé, supongo que vendrían con una escalera para saltar la verja.

—¿Y dónde estará ahora esa escalera?

—Quién sabe, quizás el anciano la ha quitado de aquí.

De pronto, Patricia gritó excitada:

—¡Allí, allí está la escalera!

Señaló a través de los barrotes hacia el lado norte de la escollera, entre las rocas batidas por las aguas.

—Allí no la podemos alcanzar —opinó Peggy serena, sin gritos ni aspavientos innecesarios. Procuraba mantenerse dueña de sí misma y sin gritar.

Patricia se agarró a las rejas tratando de alcanzar las rocas batidas por las olas. Su Intención era llegar al final de la verja que se adentraba en el mar, pasar al otro lado y regresar por el lado de

la escollera, pero cuando apenas le faltaban unos metros para llegar al final de la verja, una ola mayor que las otras y quizás dotada de una maligna inteligencia, pasó por encima de ella como una monstruosa garra y la arrancó de la verja llevándosela consigo en su retirada.

Pudieron oír el grito corto y ahogado de la pelirroja.

Sonia y Peggy gritaron a su vez y trataron de agarrarse a la verja para llegar junto a su amiga que acababa de desaparecer.

—¡¡Patricia!! —gritó Peggy con desesperación mientras la lluvia empapaba sus cabellos.

Vieron aparecer la cabeza de la muchacha por encima de la cresta de una ola, la vieron alzar sus manos en demanda de auxilio, pero el mar no tuvo piedad con ella y fue lanzada contra una roca, golpeándose mortalmente.

—¡Dios mío! —exclamó Sonia—. ¡Patricia, Patricia!

La joven pelirroja ya no pedía auxilio. Otra ola la volvió a tomar en su seno, la apartó de las rocas, la elevó por encima de la cresta y la lanzó después contra otra roca. Fue como si el mar quisiera destrozar a la joven hasta hacerla desaparecer por haber osado desafiarle. —No podemos hacer nada por ella— se lamentó Peggy.

Sonia comenzó a sollozar convulsivamente, como una niña pequeña que hubiera perdido a sus padres y se encontrara sola de pronto, perdida en un siniestro bosque.

—Hay que romper la puerta —determinó Peggy.

Buscó una piedra y cuando halló una, comenzó a golpear la cerradura, pero ésta estaba bien protegida.

—No conseguirás nada. Moriremos aquí como Audrey, como Patricia —sollozó Sonia cuando la pelirroja ya no se veía por parte alguna, como si hubiera quedado incrustada entre dos rocas por debajo del nivel de las aguas.

—Busquemos algo, quizás un tablón. Con un tablón, utilizado como ariete, podríamos romper la verja —propuso Peggy dispuesta a no dejarse vencer.

Se alejaron de la verja. Saltaron por encima de las rocas bordeando el islote para alejarse lo necesario de las olas. Daba la impresión de que el mar era algo vivo, un ser amorfo pero hambriento que ansiaba engullir a la pequeña isla transformada en península.

—Sonia, no sigas, no sigas —pidió Peggy de pronto.

—¿Qué pasa?

Peggy no necesitó explicarle lo que sucedía. A sus pies, entre un hueco que formaban las rocas y al que llegaba el mar, aunque sin tanta violencia, estaban los cadáveres de los encapuchados y de Audrey. Habían sido arrojados en aquel lugar porque no se les podía ver desde la costa y porque quien lo había hecho sabía que allí los cuerpos terminarían por desaparecer. Sólo cabía esperar a que los cangrejos, que allí estaban a cientos, acabaran su macabro festín.

—No, no, Dios mío, no —casi gritó Sonia al ver a los cangrejos caminando por encima de los cadáveres.

—Si nos matan, terminaremos aquí como ellos —musitó Peggy fatalista, desesperanzada, sin ver la forma de poder escapar.

Capítulo X

—¿No has oído un ruido? —preguntó Sonia, asustada, cuando ambas se hallaban en la cocina, el lugar que les parecía menos misterioso y más seguro del caserón.

Antes de responder, Peggy abrió el cajón de la cubertería y de él sacó un largo y afilado cuchillo.

—No te muevas de donde estás —pidió mientras iba a esconderse tras la puerta.

—¿Qué vamos a hacer?

—Cállate —exigió apremiante y nerviosa.

Pudieron oír unos pasos que se acercaban a la cocina. Peggy asió el cuchillo con todas sus fuerzas. Sus nudillos blanquearon, toda ella estaba en tensión.

Sonia estaba a punto de estallar. Tenía los nervios tan crispados que se hallaba al límite entre la cordura y la locura. Un simple empujón y su mente saltaría al mundo de la confusión, del descontrol más absoluto. Lo fantástico se confundía ya con lo real.

De pronto, apareció el hombre de los pasos.

Cruzó el umbral de la cocina al descubrir a Sonia y avanzó hacia ella mientras ésta le miraba con los ojos casi desorbitados.

Peggy saltó sobre él por la espalda con el cuchillo de cocina asido en su mano, no era momento de titubear.

El hombre, que vestía una gabardina oscura y sombrero del mismo color, se ladeó. Se hubiera dicho que tenía ojos en la nuca, porque con sus manos asió la muñeca armada de Peggy, se la retorció dolorosamente e hizo saltar el cuchillo al suelo.

—Tranquilas —pidió con su voz algo ronca pero bien timbrada.

—¡Suélteme! —exigió Peggy.

—Bien, pero nada de atacar con ese cuchillo.

Sonia, viendo que el desconocido era joven y que por su aspecto no parecía querer atacarles, preguntó:

—¿Quién eres, de dónde sales?

El hombre soltó a Peggy tras comprobar que se tranquilizaba. Miró a ambas y forzando una sonrisa, explicó:

—Me llamo Gabriel Newman. Os he visto desde el otro lado de la escollera con unos prismáticos, me ha parecido que estabais en apuros y he venido.

—¿Venido, cómo? Hay una verja cerrada que impide el paso.

—Sí, pero yo tengo más posibilidades de las que suponéis.

—¿Posibilidades para qué? —Inquirió Peggy.

—Para atravesar verjas y llegar adonde me propongo.

—¿Por qué no explicas cómo has entrado en la Isla? —Insistió Peggy.

—Luego, no quiero que me acusen de allanamiento de morada. Simplemente he visto que teníais problemas y estoy aquí. Una amiga vuestra se ha ahogado, ¿verdad?

—Sí —asintió Sonia—. ¿Lo has visto?

—Sí, pero ya no podía hacer nada, estaba demasiado lejos. ¿Y la otra?

—¿La otra, sabes que éramos cuatro? —inquirió Peggy achicando sus ojos, Intrigada.

—Sí, sé que erais cuatro.

—¿No serás amigo de los encapuchados?

—¿Encapuchados? No sé de qué habláis.

A las muchachas les pareció sincero y Peggy explicó:

—Esta noche han venido aquí tres tipos encapuchados, por lo visto eran marineros. Querían, querían… Bueno…

—Violarnos —explicó Sonia rabiosa—. Yo fui una de sus víctimas y la otra chica por la que preguntas, murió.

—Lo siento mucho. Esta noche pasada estaba durmiendo, soy mortal. La noche anterior no dormí.

—No soy ninguna bruja —comenzó a explicar Peggy—, pero he tenido la Impresión de que alguien me seguía durante días y no me refiero a los seres que se esconden dentro de este caserón. ¿Eras tú quien me seguía?

Gabriel Newman sonrió algo cínicamente.

—Pues creo que algo de bruja sí tienes. Es cierto, te he estado

siguiendo con mucho disimulo.

—¿Por qué? Yo no te conozco de nada.

—Pondremos las cartas al descubierto. —Miró a una y a otra y explicó—: Fui contratado para llevar a cabo algunas averiguaciones. Cuando la investigación terminó, entregué los resultados, cobré y asunto resuelto, pero este caso llegó a intrigarme tanto que decidí averiguar un poco mis e hice un seguimiento.

—¿Quién te contrató y para qué? —inquirió Peggy.

—Una anciana llamada Elizabeth McNudels. Me dijo que buscaba una empleada con determinadas características.

—¿Joven, sin ataduras de pareja, con grupo sanguíneo «B» negativo?

—Eso es. Que tuviera pocos o ningún familiar y algunas cosas más. Me pareció que exageraba para querer simplemente una empleada.

—¿De dónde sacó ella nuestros nombres?

—No lo sé. Me dio dos docenas de nombres con sus correspondientes direcciones. Yo le advertí que cobraría por cada investigación y pagó sin rechistar. Creo que debió sacar los nombres de alguna agencia de colocación. Quería unos informes completos y luego, ella haría la selección. Yo no sabía que debían tener un grupo sanguíneo concreto, pero en las docenas de fichas debía anotar el grupo sanguíneo de cada una y de cinco no logré averiguarlo. Aposté por ti —dijo, mirando a Peggy.

—¿Por mí, por qué?

—Porque la tuya era la primera ficha. La anciana la leyó delante de mí y vi que sus ojos se iluminaban. Pensé que para ella eras perfecta y decidí seguirte. Observé que la otra noche acudíais cuatro jóvenes a la cita y que más tarde las cuatro salíais dentro del coche con el mayordomo y emprendíais viaje.

—¿Nos seguiste hasta aquí? —le preguntó Sonia observándole interesada con sus ojos negros y algo orientales.

—Evidente, ya que estoy aquí. No me fue difícil, puesto que había averiguado que ésta era la residencia original de los McNudels.

—¿Y después?

—Estuve observando desde lejos con los prismáticos. Vi que el mayordomo os dejaba encerradas y como no aparecía nadie más,

por la noche decidí dormir, necesitaba un descanso.

—Ha sido una noche horrible —musitó Sonia—. Los tres encapuchados muertos y Audrey también. Luego, la aparición del anciano.

—¿Qué anciano? —preguntó Gabriel Newman.

—Un anciano que apareció con una escopeta. El fue quien remató a Audrey que estaba mal herida por quemaduras —explicó Peggy.

—Eso me hace deducir que no estamos solos, que en alguna parte hay alguien más. ¿Vosotras queréis escapar de aquí?

Peggy miró a Gabriel Newman. Le agradaba el recién llegado de aspecto cínico que le llevaría a ella seis o siete años como mucha Le gustaba, sí, y le parecía que él podría sacarlas de allí.

—Sí, queremos marchar y contar a la policía lo que aquí ha ocurrido. Aquella vieja con aspecto bonachón nos ha encerrado en una trampa.

—Entonces, vámonos, os sacaré de aquí. Ya hice el trabajo de investigador, ahora se trata de otro asunto.

—No Iréis a ninguna parte —advirtió de súbito una voz extraña a ellos, una voz que las dos muchachas ya conocían.

El anciano vestido de negro, con la escopeta entre las manos, les encañonaba y sus pequeños ojillos parecían incapaces de ofrecer piedad.

—¡No! —gritó Sonia echando a correr.

—¡Maldito viejo! —rugió Gabriel Newman.

El monje apretó por dos veces el gatillo y la cocina se llenó de humo de pólvora quemada. Peggy vio caer a Sonia y a Gabriel, ensangrentándose ambos. Gruesos perdigones les habían alcanzado de lleno.

Deseó que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara, sin embargo, cuando el humo de la pólvora se disipó, el anciano continuaba frente a ella y la tierra no se la había tragado.

CAPÍTULO XI

—Siento haberlo hecho, pero no me dejaban otra opción.

—¡Asesino! —gritó Peggy con toda su rabia.

Aquel viejo con aspecto de monje asiático se acercó a la muchacha y comenzó a mover la diestra delante de sus ojos. Peggy comenzó a sentir sobre su mente el poderoso influjo magnético de aquellos dedos.

—Relájate. Nada te ha sucedido, todo está bien.

—Asesino —repitió en tono bajo, sin fuerza.

El viejo dejó la escopeta y utilizó ambas manos para hipnotizar a Peggy. Le hablaba despacio, con voz muy ronca, alargando las frases.

—Tú eres la elegida, a ti no te tocaron los encapuchados. Ven conmigo.

Como carente de voluntad propia, le siguió.

Dejaron atrás los cuerpos ensangrentados de Sonia y el investigador privado que se había extralimitado en sus funciones y había acabado recibiendo un escopetazo a boca de jarro.

El anciano la condujo hasta la puerta que descendía al sótano. Algo en la mente de Peggy le advirtió que ya conocía aquella escalera; lo que ella ignoraba era que había pasado por aquel lugar en un corto viaje astral mientras su cuerpo físico permanecía tendido en el lecho.

Encendió unas bombillas de luz débil que ahora sí funcionaban y que les permitieron descender a un sótano que semejaba una gruta. Posiblemente, aquéllas fueran las primeras construcciones habidas en la isla rocosa, tan cercana a la tierra firme que se había podido construir la escollera.

Recordaba cuanto allí había pero con otra luz, todo muy

primitivo. Olía a humedad y a hedor en general.

—¡Oliver, Oliver, ven! —llamó el anciano.

Peggy seguía como en sueños, sin voluntad, sometida al poder de aquel anciano poseedor de sabidurías malignas heredadas de otros monjes maléficos como él.

Por el hueco de una de las galerías que allí se abrían y que resultaba difícil saber adonde Iban a parar, apareció Oliver.

Alto y muy corpulento, a Peggy le pareció enorme. Llevaba un taparrabos primitivo. Todo él era velludo, como un gran simio. Su faz era mitad humana, mitad de bestia y si algo destacaba en él, era un aire de estupidez. Los brazos eran muy largos y al extremo de los mismos, unas grandes manazas.

—Acércate, Oliver, acércate —pidió el anciano.

Aquel ser estúpido obedeció como un animal doméstico bien adiestrado.

—Me gusta mucho —dijo con su voz ronca, poco articulada.

—Ésta es la elegida para ti, Oliver.

La muchacha se estremeció. Reaccionó súbitamente y quiso alcanzar la escalera, pero el anciano monje le cortó el paso. Oliver avanzó hacia ella abriendo sus brazos de forma que se sintió arrinconada contra la pared.

—Sabía que simulabas, que no estabas hipnotizada. Has ofrecido resistencia, a mí no me engañas —le dijo el anciano.

—Me gusta… mucho —repetía Oliver.

—¿Lo oyes, muchacha? Le gustas mucho. Has sido elegida para él.

—¡Jamás, antes muerta!

—No, muchacha, no dejaré que mueras. Sufrirás un poco, te dará mucha repugnancia, pero terminarás acostumbrándote a Olive y le darás un hijo. La señora McNudels así lo exige.

—¡Ella es una bruja!

—Oliver es su único nieto. Si él no tiene descendencia, se acabaron los McNudels.

—¿El es el nieto de la vieja? —Se echó a reír, histérica—. ¡No me extraña, es lo que merece esa bruja!

—Su única hija viajó al Nepal, fue allí a drogarse y en busca de libertad. La señora McNudels la puso bajo mi cuidado, pero la chica escapó a las montañas en su locura de droga y cuando la encontré,

comprendí que había sido violada. La curé, pero cuando ella se sintió bien, volvió a escapar, pero ya estaba encinta.

—¿Violada?

—Sí, por una bestia de las montañas. ¿No ves que Oliver es el hijo de una mujer y de una bestia, es que no lo ves? —Se rió lentamente—. Una obra maestra. Los médicos dicen que los seres así son híbridos, pero yo sé que éste no lo es. Sólo había que encontrar la mujer adecuada para él y esa mujer eres tú. Cuando le des un nieto a la señora McNudels, ella costeará el templo en el Nepal que yo le pedí a cambio. ¿Comprendes ahora, muchacha?

—No, no quiero comprender. Jamás me prestaré a esa aberración, jamás —dijo, casi al borde de la locura.

—Tú eres fuerte. La madre de Oliver murió en el parto, fue demasiado para ella, tú serás diferente. Además, no te preocupes, se celebrará una boda legal, porque aunque te parezca increíble, Oliver existe documentalmente. Está censado como el último de los McNudels aunque este asunto se ha llevado en secreto. La señora McNudels tiene dinero para pagar y una pareja falsa aparecerá ante un juez de paz y se casará por vosotros. El hijo que tú traigas a este mundo será el nuevo McNudels. Parirás en un buen lugar, no temas, recibirás todos los cuidados.

—¡No, no, no! —gritó Peggy. Trató de escapar, pero Oliver la cogió con sus grandes manos.

—Oliver —le habló el anciano—, no le hagas daño. Es tu mujer, debes de hacerla tuya, totalmente tuya para que te de hijos, pero no debes dañarla.

—La… quierooo —dijo con su voz ronca, alargada y primitiva.

—¡Dígale que me suelte! —gritó.

—Es inútil, muchacha, todo está decidido. Dentro de unas horas, una pareja se casará en vuestro nombre y después desaparecerá. Mientras el semen de Oliver llenará tus entrañas hasta rebosarlas. Relájate, será mejor para ti. Si lo tomas como una violación, te hará mucho daño, date cuenta de las dimensiones de Oliver. Si no ofreces resistencia, yo puedo hipnotizarte y todo irá bien. Te desnudarás y ya no tendrá que arrancar tus ropas con violencia. Su mentalidad es muy primitiva, es como si estuvieras ante un hombre de hace más de un millón de años.

Peggy miró la cara de aquel ser velludo con aspecto de animal

extraño y sintió horror por su destino. Dio un fuerte tirón de sus brazos tratando de escapar pero no lo consiguió y Oliver se excitó, lanzando un bronco bramido que retumbó en las paredes de la cueva.

—Lo siento, muchacha, ya no puedo detenerlo, la hora de la cópula ha comenzado.

—¡No, no! —seguía gritando la mujer mientras Oliver bramaba y arrancaba con fuerza las ropas de Peggy en busca de su desnudez.

—Es una pena, hubiera servido para un zoo —gruñó sarcástico Gabriel Newman que acababa de aparecer por la escalera con todo el rostro ensangrentado. Entre sus manos portaba la escopeta de doble cañón.

Apuntó a la cara de Oliver pese al riesgo que representaba el que Peggy estuviera entre sus manazas y disparó.

El rostro del extraño Oliver se inundó de sangre. Sus ojos estallaron pero la boca siguió bramando. Peggy consiguió zafarse de él, salpicada también de sangre, mientras el extraño ser daba golpes contra las paredes de la cueva.

—¡Maldito seas! —rugió el viejo monje.

—¡Vete al infierno con él! —rugió Gabriel Newman disparando también al rostro del viejo, destrozándoselo.

El cuerpo flaco y menudo fue lanzado hacia atrás por el empuje de los gruesos perdigones disparados a corta distancia.

—¡Gabriel, Gabriel! —gritó Peggy fuera de sí, con las ropas medio desgarradas.

Oliver casi la alcanzó de nuevo con sus manazas pese a su ceguera. Peggy siguió chillando. Gabriel Newman quiso disparar de nuevo, pero los cartuchos de que disponía la escopeta de caza ya habían sido quemados.

—¡Vámonos! —le pidió Gabriel.

Subieron por la escalera. El extraño Oliver, mucho más fuerte que un ser humano, les siguió. Iba ciego, sangrando por las cuencas de sus ojos, pero disponía de algo de lo que ellos estaban muy mermados: El olfato, y les seguía como si fuera un gigantesco sabueso.

Salieron de la casa y corrieron por la tortuosa carretera. Oliver les seguía sin importarle sangrar. Era una fiera a la que arrebataban su codiciada hembra.

—¡Ven por aquí! —le pidió Gabriel.

—Por ahí no se va a la verja.

—¡Ven!

Peggy siguió al ensangrentado Gabriel, lleno de heridas, pero no había sido alcanzado mortalmente como creyera el viejo monje. Quien sí había muerto era Sonia, que se había llevado la mayoría de los gruesos perdigones al interponerse en el camino de los mismos cuando buscaban el cuerpo del investigador privado.

Se acercaron a las rocas. El ensangrentado Oliver, enorme como un gorila gigante, avanzó hacia ellos. Gabriel estiró entonces del brazo de Peggy que gritó aterrorizada mientras las olas rompían a su espalda y Oliver se precipitó al vacío cayendo contra las rocas.

—Dios mío, qué miedo he pasado —confesó Peggy sollozando.

El cuerpo de Oliver quedó quieto entre dos rocas. Las aguas frías rompían contra él, haciéndolo desaparecer unos instantes y reapareciendo después.

—Será mejor que nos vayamos de aquí y que ambos nos olvidemos de que han existido alguna vez los McNudels. Ahora, la vieja ya no tiene a su nieto para procrear. Vámonos.

He dejado entornada la puerta de la verja y al otro lado de la escollera tengo mi coche.

Peggy anduvo cogida de la mano de Gabriel en dirección a la escollera. No estaba segura de que alguna vez en su vida lograra olvidar todo lo sucedido en Grey House.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts